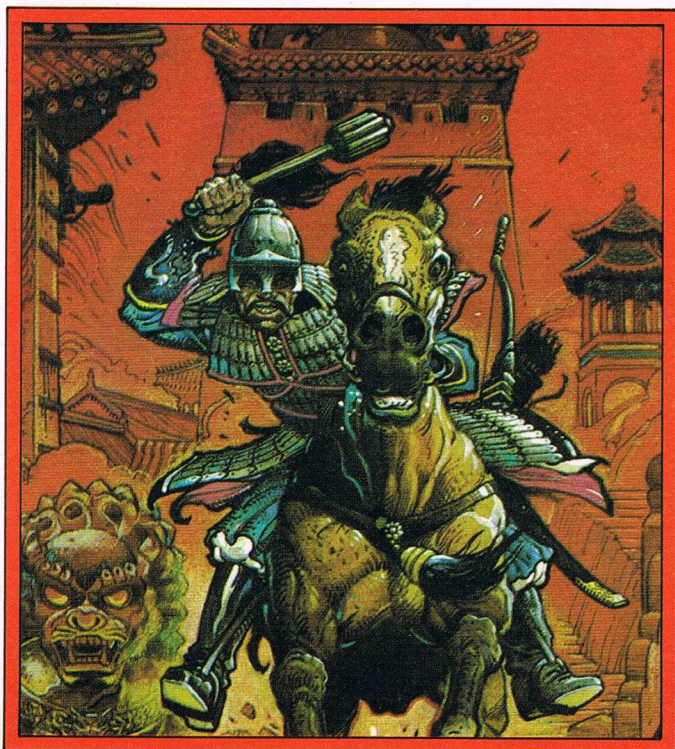


LA MAQUINA DEL TIEMPO

Retrocede 700 años y viaja
con Marco Polo para conocer:

EL IMPERIO MONGOL

Carol Gaskin



TIMUN MAS

*Este libro
es tu pasaporte
para viajar por
el tiempo*



*¿Podrás sobrevivir a un viaje
hasta la corte de Kublai Khan?
Pasa la página
para averiguarlo*

TÍTULOS PUBLICADOS:

1. EL SECRETO DE LOS CABALLEROS
Jim Gasperini
2. AL ENCUENTRO DE LOS DINOSAURIOS
David Bischoff
3. LA ESPADA DEL SAMURAI
Michael Reaves y Steve Perry
4. LA RUTA DE LOS PIRATAS
Jim Gasperini
5. LA GUERRA DE SECESIÓN
Steve Perry
6. LOS ANILLOS DE SATURNO
Arthur Byron Cover
7. LA ERA GLACIAL
Dougal Dixon
8. EL MISTERIO DE LA ATLÁNTIDA
Jim Gasperini
9. EL PONY EXPRESS
Stephen Overholser
10. LA REVOLUCIÓN AMERICANA
Arthur Byron Cover
11. MISIÓN EN LA II GUERRA MUNDIAL
Susan Nanus y Marc Kornblatt
12. EN BUSCA DE LAS FUENTES DEL NILO
Robert W. Walker
13. EL SECRETO DEL TESORO REAL
Carol Gaskin
14. LA HOJA DE LA GUILLOTINA
Arthur Byron Cover
15. LAS CIUDADES DE ORO
Richard Glatzer
16. EL DETECTIVE DE SCOTLAND YARD
Seymour V. Reit
17. LA MASCARILLA DEL HÉROE
Carol Gaskin y George Guthridge
18. LA ESPADA DE CÉSAR
Robin Stevenson y Bruce Stevenson
19. RUMBO A AUSTRALIA
Nancy Bailey
20. EL IMPERIO MONGOL
Carol Gaskin

LA MAQUINA DEL TIEMPO 20

El Imperio Mongol

Carol Gaskin



Ilustraciones: José González Navarero

TIMUN MAS

Éste vuelve a estar dedicado a John:
por las nuevas aventuras
en un nuevo mundo.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni el registro en un sistema informático, ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Título original: Caravan to China
Traducción: M.^a José Rodellar
Editada en lengua inglesa por:
Bantam Books, Inc. New York, 1987
© 1987 Byron Preiss Visual Publications, Inc.
«Time Machine»
es marca registrada por Byron Preiss Visual Publications Inc.
© Editorial Timun Mas, S.A. 1988
Para la presente versión y edición en lengua castellana
ISBN: 84-7722-234-7
Depósito legal: B. 28.342-88
Talleres Gráficos Soler, S.A.
Impreso en España - Printed in Spain
Editorial Timun Mas, S.A. Castillejos, 294. 08025 - Barcelona

¡ATENCIÓN, VIAJERO A TRAVÉS DEL TIEMPO!

¡Eres una persona de suerte! Sí, en este momento tienes en tus manos una... ¡máquina del tiempo! En efecto, este libro es tu máquina del tiempo. No lo leas todo seguido, del principio al fin. Dentro de un momento recibirás instrucciones para cumplir una misión, una empresa especial que te llevará a otro período de tiempo. A medida que te enfrentes a los peligros de la historia, la máquina del tiempo te irá presentando opciones de adónde ir o de qué hacer.

El presente volumen contiene también un banco de datos para informarte sobre la época en la que vas a vivir. Puedes utilizarlo para desplazarte con mayor seguridad a través del tiempo. O bien tomar tus decisiones sin consultarlo. Tú eres el único responsable.

IMPORTANTE

Al final de este libro hay una lista de datos. Contiene sugerencias para ayudarte si no estás seguro de qué camino has de emprender. Este símbolo aparece al lado de todas las elecciones para las cuales existe una sugerencia en la lista de datos.



Con objeto de terminar tu misión lo más deprisa posible, y con éxito, puedes emplear a la vez el banco de datos y la lista de datos.

Hay una conclusión correcta para esta misión. Debes llegar a ella o... ¡arriesgarte a quedar perdido en el tiempo!... y recuerda que tienes a tu disposición el banco de datos y la lista de datos.

TU MISIÓN

Tu misión consiste en viajar con Marco Polo a la corte de Kublai Khan, en la lejana Catay, y averiguar por qué durante casi trescientos años la ruta a Catay –el territorio que ahora llamamos China– estuvo oculta para los europeos.

Marco Polo, uno de los más famosos viajeros de todos los tiempos, afirmaba haber visto más mundo que cualquier otro hombre.

En 1298 dejó un detallado relato del viaje que, partiendo de su Venecia natal, le condujo hasta China y luego de regreso a su patria, completado con instrucciones y consejos útiles para los viajeros que desearan seguir sus pasos. En ese libro, *La descripción del mundo*, describía la ruta que recorrió a través de Turquía, Arabia y Persia, cruzando las cumbres nevadas del Himalaya y el abrasador desierto de Gobi, hasta Catay, tierra del gran emperador Kublai Khan.

Las narraciones que hizo Polo de las maravillas de Oriente estimularon la imaginación de exploradores y comerciantes, pero durante varios siglos ningún otro hombre siguió su ejemplo.

Catay se convirtió pronto en un sueño distante. En 1492 Cristóbal Colón descubrió América mientras pretendía llegar allí por mar. Los pocos

misioneros europeos que llegaron a Oriente a fines del siglo XVI quedaron perplejos al descubrir que China y Catay eran la misma tierra.

¿Cómo se perdió la ruta de Oriente? ¿Por qué no repitió nadie el viaje de Marco Polo?

Para averiguarlo has de viajar a la Venecia del siglo XIII y unirte a Marco Polo en su viaje a Catay.



Para activar la máquina del tiempo, pasa la página.



**VIAJE A TRAVÉS DEL
TIEMPO ACTIVADO.**

Listo para el equipo.

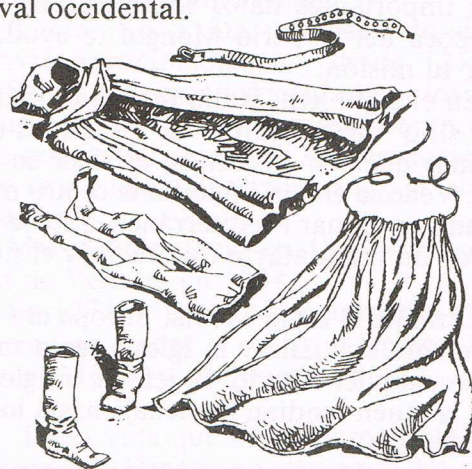
LAS CUATRO REGLAS PARA VIAJAR A TRAVÉS DEL TIEMPO

Cuando empieces tu misión, debes observar las reglas siguientes. Los viajeros por el tiempo que no las cumplen, se arriesgan a quedar perdidos en él para siempre...

1. No mates a ninguna persona ni animal.
2. No intentes cambiar la historia. No dejes nada del futuro en el pasado.
3. No llesves a nadie contigo cuando franquees la barrera del tiempo. Evita desaparecer de un modo que asuste a la gente o la haga sospechar.
4. Sigue las instrucciones que te dé la máquina del tiempo y elige entre las opciones que te ofrezca.

EQUIPO

Para tu misión en la época de Marco Polo llevarás una túnica marrón con capucha, leotardos, cinturón de cuero y capa, y calzarás unas resistentes botas. Con este sencillo atuendo te encontrarás a gusto en cualquier lugar del mundo medieval occidental.



**Para empezar tu misión,
pasa a la página 1.**



**Para saber más cosas acerca
de la época a la que viajarás,
pasa a la página siguiente.**

BANCO DE DATOS

Estos importantes datos sobre Europa y Asia en la época del Imperio Mongol te ayudarán a cumplir tu misión:

1. En el siglo XIII, Italia no era un país unificado sino un conjunto de ciudades-estado autónomas que con frecuencia estaban en guerra entre sí. Venecia era un importante centro mercantil situado en el mar Mediterráneo. Estaba gobernada por un mandatario que recibía el nombre de dux.

2. Durante la Edad Media, Europa era fundamentalmente cristiana y la Iglesia tenía más poder que cualquier Estado. El jefe de la Iglesia era el papa, a quien rendían homenaje hasta los reyes más poderosos.

3. Oriente Medio era principalmente musulmán. Los guerreros cristianos y musulmanes se enfrentaron en las Cruzadas, que se sucedieron desde el siglo XI al XIII.

4. A principios del siglo XIII, Gengis Khan unificó a las tribus mongolas nómadas que vivían en las estepas del norte de China. Gengis Khan y sus hordas mongolas conquistaron el norte de China y luego barrieron Asia, Oriente Medio y

Europa, donde llegaron hasta Alemania Oriental y Polonia. Al morir Gengis Khan, en 1227, detuvieron su avance y se replegaron para elegir a un nuevo khan. El Imperio Mongol llegó a ser el mayor imperio terrestre de la Historia.

5. Los mongoles llamaban Catay a China porque sus pobladores eran la tribu Khitai.

6. Los mongoles eran guerreros audaces pero tolerantes con los extranjeros. En 1260, Niccolò y Maffeo Polo, padre y tío de Marco, viajaron hasta Catay con escolta mongol. Allí los recibió el nieto de Gengis, Kublai Khan.

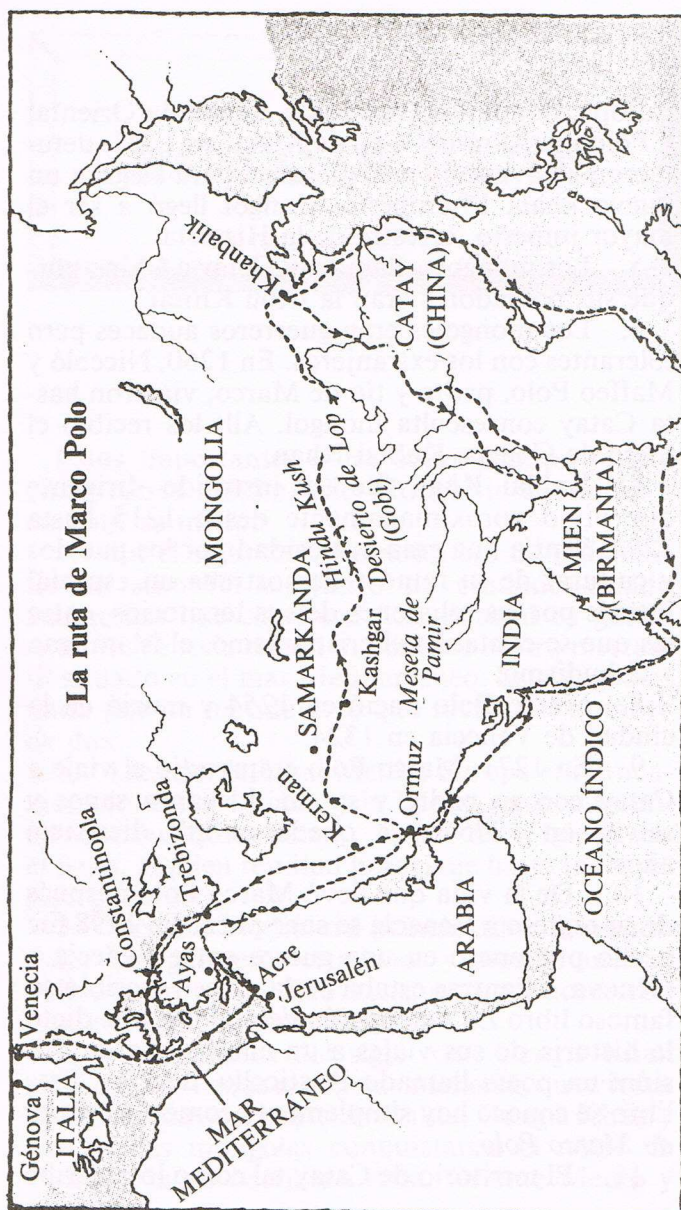
7. Kublai Khan fue un instruido dirigente que vivió aproximadamente desde 1215 hasta 1294. Sentía una gran curiosidad por los pueblos y culturas de su reino y demostraba un especial interés por las religiones de sus territorios, entre las que se contaban el cristianismo, el islamismo y el budismo.

8. Marco Polo nació en 1254 y murió en la ciudad de Venecia en 1324.

9. En 1271, Marco Polo emprendió el viaje a Catay con su padre y su tío. Llegaron sanos y salvos en 1275 y se quedaron allí diecisiete años.

10. De la vida que llevó Marco Polo después de su regreso a Venecia se sabe poco. En 1298 fue hecho prisionero en una guerra entre Venecia y Génova. Mientras estaba en la cárcel, escribió su famoso libro *La descripción del mundo*, y le dictó la historia de sus viajes a un compañero de prisión: un poeta llamado Rusticello, de Pisa. Este libro se conoce hoy simplemente como *Los viajes de Marco Polo*.

11. El territorio de Catay tal como lo describe



Marco Polo era totalmente desconocido para los europeos de su época. Aún hoy, debido a las constantes guerras y a lo impenetrable del terreno, la mayoría de los occidentales no podrían volver a recorrer la ruta terrestre que siguió Marco Polo de Venecia a China.

**BANCO DE DATOS
AGOTADO.
PASA LA PÁGINA
PARA EMPEZAR TU MISIÓN**



**Cuando aparezca este símbolo,
no olvides que, para orientarte,
puedes consultar la lista de datos
que hay al final del libro.**



ESTÁS de pie debajo de un arco de piedra tallada en un patio de Venecia, Italia. Corre el año de 1323. En el arco hay una placa que reza así: «*Corte dei Milioni*» (Corte de los Millones).

El cielo está azul pero tú percibes humedad en el ambiente. Al otro lado del arco ves una transitada vía pública; sin embargo, no es una calle: es un canal rebosante de barcos de todos los tamaños. Apenas hay acera, solamente un corto tramo de escalones de piedra de aspecto resbaladizo que descienden hasta la verdosa agua del canal. Evidentemente, no puedes ir por allí si no es en un transporte acuático.

Atraviesas el patio para alcanzar una casona de tejado rojizo y postigos de madera. Quizá sus ocupantes puedan orientarte para encontrar a Marco Polo. Pero antes de que tengas tiempo de llamar, la puerta se abre y una niña te hace entrar.

—¿Vienes de la botica? —pregunta—. Sube inmediatamente. El maestro se está muriendo.

—Pero... Yo no...

—¡Shhh! El médico dice que tenemos que estar callados. Ven, te está esperando. —Tira de ti hasta un dormitorio del primer piso.

Dentro, hay un anciano en la cama. Su cabeza, con largos mechones de cabello cano, reposa sobre una inmensa almohada. Tiene los ojos cerra-

dos, pero sus labios esbozan una sonrisa como si encontrara divertida la actividad de su habitación. El cuarto está lleno de espectadores. En un rincón, una mujer robusta llora consolada por otras dos. En otro rincón hay varios hombres sentados en torno a una mesa y parecen disfrutar de una agradable charla. Un sacerdote de sotana negra se pasea entre los dos grupos mientras un hombre que se cubre con una capa de terciopelo azul estudia un documento y da golpecitos con el pie.

—Está todo el mundo —te susurra la muchacha—. La familia, los amigos, el abogado, el médico... —Le hace una seña a un hombre que viste una túnica rojo oscuro y dice—: ¡Doctor! Ha llegado el mensajero del boticario.

—Es demasiado tarde para remedios —observa el médico—, pero tráele un poco de agua al anciano —y te alarga un tazón.

Nervioso, te aproximas a la inmóvil figura de la cama. ¿Quién es el anciano? ¿Y si ya está muerto? Pero cuando le acercas el tazón a los reseos labios, entreabre los ojos. Mientras toma un buen sorbo, termina de abrir los ojos de par en par. Luego te agarra de la muñeca y exclama con voz áspera pero jubilosa:

—¡Mi amigo de Catay! Menudos tiempos aquellos, ¿verdad?

Todos los presentes se vuelven a mirar.

¿Catay? ¿Te conoce? Miras al médico perplejo.

—No le hagas caso —te tranquiliza el galeno—. Marco Polo delira.

¡Marco Polo! Parece que has encontrado al hombre que buscabas. Pero está en el lecho de muerte.

—Catay, ¡bah! —comenta uno de los hombres de la mesa—. No para de hablar de Catay. *Millones* de personas, *millones* de riquezas. Confesad, Marco Milione, ¿no os habéis ganado el apodo? ¿No habéis exagerado lo que contáis?

—Cuéntaselo tú —te pide Marco Polo. Emite una débil risita con la mirada perdida—. La verdad es... que no os he contado ni la mitad de lo que vi. —Entonces se afloja la mano que te sujeta la muñeca y se le cierran los ojos.

El sacerdote se sitúa junto al lecho y te indica que te retires, pero tú decides hacer una pregunta antes de marcharte. A lo mejor puedes dar con la solución de tu misión.

—¿Por qué no ha repetido nadie el viaje de Marco Polo? —le preguntas al hombre de la mesa.

—Marco Polo es un buen cuentista —responde el hombre que ha hablado antes—, pero todo lo que dice es mentira. Unicornios y piedras que arden, ¡bah! ¿Por qué no es él rico entonces? Catay no existe.

—Claro que existe. ¿Cómo os atrevéis a dudar de la palabra de mi padre? —interrumpe la robusta mujer mientras se seca los ojos—. Estuvo allí diecisiete años y trajo pruebas. Nuestra casa está llena de maravillas. Es cierto que no es tan rico como un rey pero, ¿y la tablilla de oro cubierta con esa extraña escritura? Catay existe. Nadie ha seguido los pasos de mi padre porque la ruta es demasiado difícil, demasiado larga.

Empiezan a discutir y de repente Marco Polo abre los ojos.

—El camino está cerrado —murmura con voz débil pero resuelta—. Por eso no ha ido nadie más

a Catay. El mundo está cerrado. El gran Khan ha muerto. Y no he contado ni la mitad de lo que vi.

Marco Polo cierra los ojos y el médico hace salir a la mayoría de la gente de la habitación. Allí no encuentras respuesta alguna. ¿Podría ser que nadie siguió a Marco Polo porque nadie creyó que había estado de verdad en Catay? ¿O simplemente el viaje era demasiado largo y difícil, como afirma la hija de Marco Polo? ¿Qué puede haber ocurrido para que éste diga que el mundo está cerrado?

Decides buscar a Marco Polo de joven para tratar de averiguarlo.



**Retrocede cincuenta y cinco años.
Pasa a la página 8.**



E

STÁS en 1271, en la plaza de San Marcos. A tu lado hay una columna con un león alado encima. Escudriñas el puerto y ves una figura conocida que saluda con la mano a los barcos que pasan.

¡Marco Polo! Ahora es un fornido muchacho de diecisiete años.

—Perdona —le dices dándole un golpecito en el hombro. Se vuelve y adviertes que tiene una penetrante mirada—. ¿Te acuerdas de mí? Nos conocimos hace unos años, cuando pregunté por tu tío Marco...

—¡Sí! ¡El viajero! —te interrumpe al reconocerte. Por suerte, parece demasiado entusiasmado con otra cosa para darse cuenta de que apenas has cambiado en tres años—. ¿Encontraste a mi tío Marco? —pregunta, pero habla tan de prisa que no tienes oportunidad de contestar—. Yo también he tenido noticias de él. ¿A que no lo adivinas? Mi padre y mi tío Maffeo han regresado. Han estado en el este, en una tierra que se llama Catay.

—¡Fantástico! —respondes tú—. ¿Dónde está esa Catay?

—Está a un año de viaje —prosigue—. En Catay manda Kublai Khan, el gobernante más podero-

so del mundo, y mi padre y mi tío están cumpliendo un encargo suyo. Les ha dado un pasaporte de oro para que puedan regresar sin contratiempos a su reino. Primero van a ir a Acre donde esperarán a que se nombre nuevo papa. El gran khan quiere que éste envíe un centenar de sabios a Catay.

»Y luego irán a Jerusalén a buscar el óleo del Santo Sepulcro para llevárselo al khan. Mi padre y mi tío le hablaron del óleo sagrado y de los milagros que obra. Y prepárate para oír otro milagro: ¡me llevan con ellos!

El entusiasmo de Marco es contagioso:

—¡Yo también quiero ir! —exclamas—. ¿Me llevas?

—¡Sería estupendo! —responde él—. Menuda aventura. Por ahí vienen mi padre y mi tío; vamos a preguntárselo.

Niccolò y Maffeo Polo atraviesan la plaza a grandes zancadas con las túnicas meciéndose al viento.

—Marco, ya es hora de que vayas a casa a preparar tus cosas —le dice el de más edad, cuyo cabello, negro y rizado como el de Marco, está veteado de gris, al igual que la barba.

—Sí, padre —responde Marco.

—¿Quién es tu amiguito? —pregunta Niccolò. Te presentas.

—Por favor, llevadme a Catay —suplicas—. Os seré útil durante el viaje, lo prometo.

—Es posible —comenta el más joven. El tío de Marco, Maffeo, es alto y muy delgado. Tiene el cabello claro y fino y una larga barba—. Nos vendría bien un viajero avezado, pero tú no lo pareces demasiado. Eres muy joven.

—El viaje es largo y difícil —declara Niccolò—. ¿Qué dirían tus padres?

—Estoy solo —insistes, pero los hermanos Polo se ríen y empujan a Marco hacia casa.

Parece que vas a tener que demostrarles que eres un viajero avezado. ¡Qué poco se imaginan los viajes que has hecho ya! Pero, ¿cómo puedes ganarte su confianza? Podrías saltar a Acre y esperarlos allí. Sin duda, así les demostrarías que eres capaz de viajar solo. Incluso podrías saltar hasta Catay y regresar. *Eso* sí que les impresionaría. Podrías hacerte con una prenda del khan.



Vas a Acre a esperar a los Polo.
Pasa a la página 21.



Vas a Catay.
Pasa a la página 14.



I

NSPIRAS profundamente y, por el olor que se desprende de los lóbregos canales y el aire salado, sabes que continuas en Venecia. Corre el año de 1268.

Te encuentras entre una multitud en el extremo de una gran plaza. Parece que toda la ciudad se ha congregado para presenciar algún desfile. Se agitan los estandartes, suenan las trompetas y la muchedumbre vitorea a los que, vistosamente ataviados, marchan ante ellos.

La plaza está dominada por la iglesia más hermosa que has visto en tu vida: una fantástica obra con mosaicos y mármoles, arcos, cúpulas y torres. Cuatro gigantescos caballos de bronce guardan la entrada. Detrás ves un imponente palacio y, más allá, el mar.

—No me canso nunca de contemplar la iglesia de San Marcos —comenta una voz a tu lado—. Los caballos de bronce son mis preferidos. A veces me entran ganas de montarme en uno y alejarme cabalgando.

El que habla es un muchacho de unos catorce años. Tiene un rostro vivaracho y su cabello se enrosca en largos rizos castaños.



—¿Adónde irías? —le preguntas.

—A todas partes —responde, mientras sus ojos pardos centellean—. Pero hoy participaría en el desfile. ¡Mira! Ahí vienen los relojeros.

—¿Qué se celebra? —preguntas tú contemplando la procesión de hombres vestidos con relucientes túnicas doradas.

—¿Dónde has estado? —inquieta el chico incrédulo—. Es un desfile de los gremios en honor del dux, naturalmente.

¿Gremios? ¿Dux? Esperas que no se te note que no entiendes nada.

—E...es que no soy de aquí —aclaras.

—Ah, un viajero —dice el chico. Parece que has despertado su interés—. Ha sido elegido un nuevo dux para gobernar Venecia —explica—. Y los gremios de comerciantes tratan de sobresalir en elegancia. Mira, ahí vienen los peleteros.

Largas hileras de hombres cubiertos con capas de armiño y otras pieles finas marchan por la plaza acompañados por una banda de música. A éstos siguen los hojalateros, que abren sus jaulas doradas para soltar centenares de pájaros cantores sobre la multitud. Los cristaleros, los vinicultores, los joyeros y los herreros, todos marchan con sus mejores galas superándose sucesivamente en espectacularidad.

—En Venecia hay de todo —declara el muchacho con orgullo—. Aquí vienen los constructores de buques y los comerciantes en sedas. ¿Te das cuenta? Vienen mercaderes de todo el mundo. Mi padre y mi tío también son mercaderes y ahora están en Oriente. Un día regresarán a Venecia y los acompañaré en sus viajes, pero de momento he de tener paciencia.

—¿Cuánto tiempo hace que se han marchado? —preguntas.

—Catorce años. Partieron justo después de nacer yo. Algunos dicen que han muerto, pero yo sé que regresarán —manifiesta el muchacho convencido.

—Yo también soy viajero —le cuentas—. Estoy buscando a un hombre que se llama Marco Polo. ¿Lo conoces?

—¡Marco Polo! ¡Así me llamo yo! ¿Tienes noticias de mi padre y de mi tío Maffeo?

Niegas con la cabeza. Los ojos de Marco se ensombrecen de desilusión.

—Bueno —dice con forzada alegría—, ¿cómo ibas a buscarme a mí? Yo no soy más que un chico sin oficio propio. Debes de buscar a mi otro tío, que también se llama Marco Polo. Es un comerciante de Acre, el famoso puerto de Arabia.

¿A cuál de los Marco Polo estás buscando? ¿Debes buscar a Marco Polo en Acre? ¿O saltar adelante en el tiempo para buscar a un Marco Polo de más edad aquí mismo en Venecia?



**Vas a Acre en 1269.
Pasa a la página 12.**



**Te quedas en Venecia y
saltas al año 1271.
Pasa a la página 5.**

EH, tú! ¡Apártate de mis animales! –grita un hombre en dirección a ti mientras agita una vara. Viste una túnica que le llega hasta los pies y lleva un turbante en la cabeza.

Te encuentras atrapado entre un camello y un burro, en un ruidoso mercado al aire libre de Acre, una ciudad situada en la costa mediterránea de Arabia. En tu época, esta ciudad formaría parte de Israel, pero ahora estás en 1269 y es Palestina.

Te internas en un laberinto de tiendas, toldos, carros y puestos, todos rebosantes de sedas, especias, objetos de bronce y otros exóticos artículos. La gente regatea y gesticula, ataviada con una variedad de trajes tan amplia como las lenguas que hablan.

Te detienes en un puestecito en donde una mujer está haciendo borlas para decorar una brida de camello.

–¿Podríais indicarme dónde puedo encontrar a un comerciante llamado Marco Polo? –le preguntas.

–En la tienda a rayas de la hilera siguiente –responde la mujer–. Hoy están los tres Polo.

¿Tres? Te encaminas a la tienda a rayas. En el interior, tres hombres mantienen una acalorada discusión y crees mejor no interrumpir. Hay poca luz y no te ven, de modo que te deslizas tras una mesa cubierta de telas.

–Pero, Marco, es la mayor oportunidad comercial de todos los tiempos –observa un hombre alto con barba y cabello claro que parece ser el más joven de los tres.

–Maffeo, hermano, soy un Polo –declara el que responde al nombre de Marco–, y comerciante hasta la médula, pero soy demasiado viejo. Para el viaje necesitáis a un hombre joven.

Así que aquél es Marco Polo. Tiene el cabello cano y demasiados años para ser el mismo anciano que has visto en Venecia en 1323.

–Hemos de esperar antes de regresar a Catay –dice el tercer hombre. Tiene el cabello oscuro y rizado con incipientes canas–. No podemos terminar la misión que nos ha encargado Kublai Khan hasta que se elija nuevo papa. Entre tanto, yo volveré a Venecia a buscar a mi hijo Marco, que ya debe de tener quince años, para que venga con nosotros a Catay. Pero pasaremos por Acre otra vez camino de Catay, hermano, y nos despediremos debidamente.

Ahora comprendes que el muchacho de antes debía de ser el Marco Polo que buscabas. Vas a tener que dar con él otra vez. ¿Debes buscar en Venecia o en el Acre de más adelante, cuando se detenga a despedirse de su tío?



Saltas a Venecia en 1271.
Pasa a la página 5.



Saltas a Acre en 1271.
Pasa a la página 21.



A

UXILIO! —grita alguien que pasa corriendo por tu lado.

—¡Fuego! —exclama otro señalando hacia el cielo.

Las llamas se retuercen como lenguas de dragón en los extraños tejados curvos.

—¡Corre si quieres salvarte! —te dice una muchacha que parece de tu edad, al tiempo que te agarra de la mano y tira de ti. El largo cabello negro se le ha soltado del pasador que se lo sujetaba sobre la cabeza—. ¡Hemos de llegar a la muralla! —grita por encima del hombro.

Ahora que te fijas, todo el mundo está corriendo.

—¿Qué pasa? —le preguntas a la chica—. ¿Dónde está el khan?

—Va al frente de la Horda Dorada por las calles —contesta aterrorizada—. Los mongoles nos van a matar a todos.

¿Mongoles? Miras a tus espaldas. Cientos de feroces jinetes avanzan a galope tendido por la angosta callejuela arrollando a todo el que encuentran a su paso. Algunos empuñan garrotes o espadas mientras otros lanzan flechas en todas



direcciones. Parece que no les hacen falta riendas porque montan con las dos manos libres.

A la cabeza marcha un hombre de aspecto poderoso cubierto con una armadura de escamas metálicas y un casco puntiagudo. Cabalga como si su caballo y él fueran una única y enorme bestia.

—¡Gengis Khan! —grita la muchacha—. ¡Escóndete! —Te arrastra por una puerta al interior de un edificio lleno de humo. Sobre vuestras cabezas arde el techo—. Hemos de esperar a que pasen —dice tosiendo y con los ojos llorosos a causa del humo.

¿Gengis Khan? No es el khan que buscas. Asumas la cabeza por la puerta con la esperanza de que la horda mongol haya pasado antes de que se derrumbe la techumbre en llamas. En la calle la gente sigue gritando.

—Ahora que han caído los Chin, Gengis Khan conquistará toda China —murmura la muchacha con la voz quebrada, al tiempo que arranca un trozo de tela de su manga y te lo alarga para que te tapes la nariz y la boca y no inhales el humo.

Adviertes que la tela está bordada con dibujos chinos.

—¿Quieres decir Catay? —preguntas.

—Algunos llaman Catay a esta tierra —responde en voz baja—. ¿De dónde eres?

—Soy de Occidente —contestas mirando angustiado el techo. Una viga de madera empieza a cruji.

—Después de conquistar China, Gengis Khan conquistará Occidente —dice la muchacha—. Pienso conquistar todo el mundo. No se detendrá.

La viga vuelve a cruji y luego emite un sonido

atronador al desprenderse del techo acompañada de una cortina de chispas y llamaradas. Agarras a la chica y la lanzas hacia la calle justo en el momento en que desaparecen los últimos jinetes. La calle está cubierta de heridos y moribundos.

—¿En qué año estamos? —inquieres.

—Estamos en 1215 —responde apesadumbrada, con los ojos llenos de lágrimas—. He de buscar a mi familia.

Poco puedes hacer para ayudar. Sabes que no puedes cambiar la Historia: si Gengis Khan no hubiera conquistado tanto territorio, Kublai Khan no tendría después un imperio. Pero te has apartado mucho de tu camino, así que más vale que trates de buscar a los Polo.



**Saltas a Acre en 1271.
Pasa a la página 21.**



E

SQUIVAS hábilmente un carromato volcado y te sumas al flujo de transeúntes de la ciudad de Jerusalén. En 1271 Jerusalén es ya muy antigua. Las estrechas callejuelas serpentean entre pálidos edificios bajos de piedra caliza amarilla. Por encima de las atestadas calles se levantan las cúpulas y las torres de las iglesias y las sinagogas, los templos y las mezquitas.

Vas andando junto a un chico que lleva una bandeja de panes planos y redondos en la cabeza. Le detienes para preguntarle cómo se va al Santo Sepulcro.

—Debes de ser un peregrino cristiano —dice—. Coge la próxima calle, que es la vía Dolorosa, y ya verás la cúpula.

Pero tú ves cúpulas por todas partes.

—¿Es ésa? —preguntas señalando una enorme de color gris.

—Ésa es la Cúpula de la Roca, sagrada para los musulmanes —contesta el muchacho orgulloso—. Salomón y Herodes construyeron sus templos sobre esa misma roca. Ahora estás en la zona musulmana de la ciudad —explica—. Jerusalén está gobernada por los musulmanes, pero los cristianos y los judíos tienen zonas propias

y también viven muchos otros. Los gobernantes egipcios de Jerusalén lo permiten.

Súbitamente, el muchacho se detiene al oír un melodioso cántico procedente de un minarete próximo:

—*La ilaha illa'llah*. Es la llamada a la oración —explica—. Tengo que irme. La iglesia del Santo Sepulcro tiene una cúpula azul con una cruz. ¡Buena suerte!

Sigues la vía Dolorosa hasta llegar a la iglesia. De repente, oyes una voz conocida en la entrada.

—Imaginaos, padre, éste es el mismo lugar en que Cristo fue crucificado y sepultado. Seguro que el propio Kublai Khan se emocionaría aquí.

—Es posible, Marco —asiente un hombre, riendo afectuosamente—. Ya se lo contarás cuando le entregues el óleo sagrado.

¡Son los Polo!

Te diriges rápidamente hacia ellos.

—Hay un papa nuevo —anuncias sin respiración—. Os espera en Acre. Quiere mandar cartas y un enviado a Catay.

—¡Hurra! —exclama Marco—. A lo mejor mandará los cien sacerdotes que pidió el khan.

—Mira por dónde —comenta Niccolò Polo sonriente—, parece que después de todo sí que eres un avezado viajero. Gracias por traer este mensaje desde tan lejos. ¿Podemos recompensarte de alguna manera?

—Ya sabéis lo que voy a contestar —dices sonriendo también—. ¿Puedo acompañaros a Catay?

—Puedes venir mientras aguantes —responde Niccolò—. Salgamos hacia Acre ahora mismo.

Marco y tu charláis como dos viejos amigos durante el trayecto de regreso a Acre. Esperáis

juntos en la tienda del tío Marco mientras Niccolò y Maffeo van a ver al papa. Por fin, cuando ya empezáis a pensar que no podréis esperar más, regresan acompañados de dos monjes de aspecto nervioso ataviados con túnicas blancas y mantos negros.

—¿Dónde están los demás sacerdotes, los otros noventa y ocho? —pregunta Marco.

—El nuevo papa sólo puede mandar estos dos frailes —explica Niccolò tratando de no parecer decepcionado—. Son muy eruditos. Tú, Marco, te ocuparás de que no les falte de nada.

—Y tú —acota Maffeo dirigiéndose a ti— serás responsable de custodiar esto. —Saca una jarra dorada y un cuenco de cristal, dos vasijas exquisitas, de una bolsa de cuero—. Son regalos de Su Santidad a Kublai Khan.

—El papa nos ha entregado cartas en las que le pide al khan que garantice una travesía segura a los cristianos que deseen ir a su reino —dice Niccolò—. A lo mejor podemos abrir una ruta comercial permanente hasta Catay.

—En marcha —ordena Maffeo—. Ya nos hemos retrasado bastante. Iremos en barco hasta Ayas y allí emprendemos el viaje por tierra hacia Oriente.



**Viajas a Ayas.
Pasa a la página 23.**



NCENSARIOS, teteras de cobre —grita un mercader desde un tenderete.

—Canela, jengibre, pimienta y clavo —anuncia otro.

Te encuentras agazapado ante una tienda a rayas que se levanta en medio del bullicioso mercado de Acre, rodeado de comerciantes que venden sus mercancías.

—Sándalo, caoba.

—Sedas finas.

—¡Marco Polo!

¿Marco Polo? Buscas la voz. Procede de un hombre que lleva una tosca cogulla parda de monje y entra presuroso en la tienda a rayas. En el interior, un hombre encorvado de cabello blanco desenrolla y apila un cargamento de alfombras.

—Maestro Marco —dice el monje—. ¿Dónde están vuestros hermanos? Han elegido un nuevo papa y está aquí, en Acre. Ha oído hablar de la misión que el gran khan de Oriente les ha encargado y desea enviar cartas y embajadores.

—Me temo que es demasiado tarde —responde el mercader—. Niccolò y Maffeo no querían retrasarse más, de modo que han emprendido el viaje a Catay con mi sobrino Marco.

Parece que se te han escapado.

—Pero, esperad —prosigue—. El khan les pidió que llevaran cien sacerdotes y óleo del Santo Sepulcro. No podían llevar a los sacerdotes sin el consentimiento del papa, pero sí pensaban pasar

por Jerusalén para recoger el óleo. Mandaré un mensajero para que los busque allí.

¡Menuda suerte! Si puedes hacer llegar esta importante noticia hasta los Polo quizá te permitan ir con ellos.

Te presentas en el interior de la tienda.

—Perdonadme, señor —dices ante la sorpresa de Marco Polo—. No he podido evitar oír que buscáis un mensajero y casualmente me dirijo a Jerusalén. ¿Puedo servirlos?

—Eres algo joven para confiarte tan importante mensaje —responde Polo—. Te agradezco el ofrecimiento y, por supuesto, puedes intentarlo, pero también debo mandar un mensajero profesional, alguien que merezca mi confianza, para encontrar a mis hermanos y sobrino.

Vas a tener que tratar de dar con ellos antes. ¿Debes saltar directamente a Jerusalén? ¿Y si ya se te han escapado? Quizá deberías retroceder un poco en el tiempo, así los estarás esperando cuando lleguen.



Vas a Jerusalén a buscar a los Polo. Pasa a la página 18.



Retrocedes en el tiempo y tratas de llegar a Jerusalén antes que los Polo. Pasa a la página 27.

E

s el primer día de viaje y hasta el momento ha sido agradable. Os dirigís hacia el este desde la ciudad de Ays, situada en la costa de Armenia. En tu época, te encontrarías en Turquía.

El grupo está formado por los Polo, los dos monjes —el hermano Nicolás y el hermano Guillermo—, tú y una caravana de carros de dos ruedas tirados por robustas mulas.

—Estamos llegando al imperio de Kublai Khan —anuncia Niccolò Polo—. En esta tierra, los musulmanes turcomanos viven en paz con los cristianos armenios. Todos pagan tributos al rey mongol y pueden adorar a quien quieran.

Marco abre la boca de perplejidad.

—Pero los musulmanes y los cristianos son enemigos declarados —observa—. La vida debe de ser muy tranquila en Armenia.

Avanzáis a buen ritmo por las desérticas colinas de espinos mientras los dos monjes se pasan el tiempo rezongando.

—Yo nací para pensar, no para andar —refunfuña el hermano Nicolás.

—¿Y si nos atacan los bárbaros? —pregunta el hermano Guillermo.

—En el viaje de regreso a Venecia atravesamos el territorio de los que llamáis bárbaros y no tuvimos ningún percance hasta que llegamos a Occidente —replica Niccolò Polo.

—El khan quiere saber cosas del cristianismo —dice Marco—. ¿Quién mejor que dos eruditos para enseñárselas?

Los dos monjes no parecen convencidos, pero prosiguen penosamente, apaciguados por los halagos de Marco.

De repente, oyes un retumbar de caballos. Un grupo de jinetes muy bien armado carga contra vosotros levantando una nube de polvo. Sobre la armadura de malla llevan túnicas blancas decoradas con vistosas cruces rojas.

—Es un escuadrón de los caballeros templarios —observa el hermano Guillermo.

—Son cruzados que pretenden reconquistar Tierra Santa de manos de los musulmanes —te explica Marco.

Los caballeros se detienen.

—Saludos, viajeros —dice el jefe—. Yo no continuaría por esta ruta. Los invasores egipcios están devastando el país más adelante. Regresad a Ayas si estimáis en algo vuestras vidas.

—Pues vaya con la pacífica Armenia —murmura Marco.

Te sientes muy apesadumbrado. Parece que el mundo y el camino a Catay empiezan a cerrarse para ti.

—Hemos de llegar a Catay —responde Niccolò—. Llevamos cartas del papa al gran Kublai Khan, pero los musulmanes egipcios no son amigos del papa ni del khan mongol. Gracias por advertirnos. Rodearemos la zona en guerra por el norte y luego nos dirigiremos al sur hasta Persia, donde estaremos a salvo en el reino del khan. Seguidamente nos encaminaremos a Ormuz y embarcaremos rumbo a la India, desde donde seguiremos hasta Catay.

—Un momento —interrumpe el hermano Guillermo—. Llevamos un día de camino y nuestra



vida ya corre peligro. Propongo que regresemos.

—Tenemos el deber de proteger a los peregrinos cristianos —declara el jefe de los caballeros templarios—, así que os escoltaremos hasta Ayas.

Los dos monjes recogen sus cosas y se preparan para marchar con los caballeros.

—El khan nos pidió cien sacerdotes —comenta Maffeo amargamente— y no vamos a llevarle ni dos.

—Es una oportunidad que no se presenta más que una vez en la vida —les dice Marco a los monjes.

—Lo pensaremos mientras regresamos a Ayas —responde el hermano Guillermo.

—Tú también puedes volver si quieres —te aconseja Niccolò—. Es probable que nos aguarden graves peligros.

No tienes intención de volver. Sin embargo, si te vas con los frailes, quizá consigas hacerlos cambiar de opinión. Seguro que ello acrecentaría la estima de Kublai Khan por ti.



**Te vas con los monjes.
Pasa a la página 31.**



**Te quedas con los Polo.
Pasa a la página 33.**



ESTÁS atrapado entre una pared y un carretón cargado de bultos. Cuando el carro se pone en marcha ves que te encuentras en una calle ancha atestada de gente y de animales que avanzan todos en la misma dirección. Ves hombres ataviados con túnicas costosas, monjes sencillos y mendigos descalzos, mujeres con niños envueltos en capas; ovejas, vacas y mulas cargadísimas. Estás en Jerusalén, una antiquísima ciudad fortificada construida con polvorientos bloques de piedra.

Alcanzas a una anciana que anda ayudándose con un bastón, acompañada por un muchacho que parece unos años menor que tú.

—¿Adónde va la gente? —preguntas.

—Los cristianos abandonamos Jerusalén —responde la anciana—. Saladino ha traspuesto las murallas y ha tomado la Ciudad Santa. Se ha apoderado de la Cruz y ha asesinado a los caballeros cruzados. Pero se nos permite pasar por la puerta de David.

—Algún día regresaré como caballero —declara el chico—. Habrá otra cruzada y yo lucharé para reconquistar Jerusalén para los cristianos. Si muero, seré un mártir e iré al cielo.

—Calla, chico —ordena la anciana, mientras os acercáis a una enorme puerta guarnecida de torrecillas y guardada por soldados—. Son los hombres de Saladino —susurra—. ¿Ves? Llevan los estandartes verdes y negros del Islam.

Pero parece que uno de los guardias ha oído al chico y le cierra el paso con una bruñida espada. El miedo te hace retroceder.

—Noble ambición, chico —le dice el soldado a tu compañero—, pero también nosotros nos batimos en una guerra santa. No olvides que Jerusalén es igualmente sagrada para los musulmanes, los cristianos y los judíos. Y también nosotros creemos que si morimos luchando entraremos en el paraíso como mártires. ¿En qué nos diferenciamos, pues? Te lo voy a decir. Cuando vuestros cruzados conquistaron Jerusalén en 1099, hicieron una matanza de musulmanes y quemaron a los judíos vivos en la sinagoga. No han pasado más que ochenta y ocho años y no lo hemos olvidado. Sin embargo, nuestro jefe, Saladino, sultán de Egipto y de Tierra Santa, os perdona la vida.

¿Ochenta y ocho años? Eso quiere decir que estás en 1187 y que has retrocedido demasiado en el tiempo. Es la época de la segunda cruzada.

—Mientras que vuestros caballeros se apoderaron de una gran mezquita y la usaron de establo, Saladino ha devuelto la Cruz a la iglesia del Santo Sepulcro —continúa el soldado musulmán—. Saladino permitirá a los cristianos celebrar ceremonias religiosas y hacer peregrinaciones a los lugares sagrados, de modo que paga el rescate y reflexiona sobre lo que te he dicho. —El soldado se vuelve hacia la anciana y extiende la



mano-. Cinco piezas de oro por vos y una por el chico.

-Pe... pero no tenemos dinero -murmura la anciana en voz baja-. Somos muy pobres.

El soldado pasa amenazadoramente el pulgar sobre el filo de la espada, pero vuelve a colocársela en el cinturón.

-Dad gracias a vuestro Dios por la misericordia de Saladino -dice-. Podéis pasar. -Pero seguidamente deja caer la espada ante ti y comprendes que más te vale no poner a prueba la paciencia del soldado.

-Se... se me ha olvidado el oro -mascullas-. Voy a buscarlo. -Y te alejas de la puerta internándote en un desierto callejón.



**Salta a Jerusalén en 1271.
Pasa a la página 18.**



DECIDES irte con los dos frailes y la escolta de los caballeros templarios. Uno de los caballeros te sube a su caballo y salís a medio galope hacia Ayas dejando a los Polo al otro lado de un velo de polvo.

Has de agarrarte con fuerza al caballero para no caerte del caballo y la punzante armadura de malla se te clava en el pecho. No es exactamente como te habías imaginado que sería un caballero. Es evidente que hace semanas que no se lava y, aunque lleva el pelo muy corto, tiene la barba sucia y enmarañada.

-¿De dónde habéis sacado el nombre, caballeros templarios? -le preguntas alzando la voz por encima del ruido de los caballos.

-Formamos la Orden del Templo de Salomón de Jerusalén -responde el caballero-. Se fundó cuando los cristianos todavía gobernaban la Ciudad Santa.

-¿Queréis decir que sois monjes? -inquieres sorprendido.

-Sí, somos una orden monástica -contesta el caballero-, pero también militar, y pasamos una gran parte del tiempo luchando. No te preocupes: si vemos a los musulmanes, los mataremos a todos.

Piensas que no parece una actitud muy caritativa, pero los dos frailes, que van a caballo junto a ti, asienten con la cabeza.

—Los dominicos, que es la orden a la que pertenezco yo —grita el hermano Guillermo— somos predicadores.

—Entonces, ¿no os sentiríais honrado de predicar ante Kublai Khan? —preguntas.

—¿Cómo vas a predicarle a un salvaje? —responde el monje—. Todo el mundo sabe que los mongoles son una raza de demonios.

Por mucho que lo intentas, no puedes convencer a ninguno de los frailes a regresar con los Polo. Deberías haberte dado cuenta de que no podrías cambiar la Historia.

Una vez en Ayas te despidas de los caballeros templarios y de los monjes. Ahora tienes que volver a encontrar a los Polo por tu cuenta. Recuerdas la ruta que había proyectado Niccolò. ¿Debes saltar hasta Ormuz? ¿O debes tratar de alcanzarlos en alguna ciudad anterior del viaje?



Vas a Kerman.
Pasa a la página 46.



Vas a Ormuz.
Pasa a la página 38.



DESDE luego, en el siglo XIII se viaja muy despacio», piensas mientras caminas trabajosamente detrás de los animales de carga de los Polo. La caravana avanza con lentitud hacia el noroeste a través de Armenia y Georgia hasta virar por fin hacia el sur y entrar en Persia. Incluso en la época moderna, esa ruta sería peligrosa para un occidental. Después de cruzar Turquía y el sur de Rusia penetráis en Irán.

Os detenéis para dejar que los animales pasten en una ladera cenagosa próxima al monte Ararat.

—¡Mira! —grita Marco señalando una mancha negra de la nevada montaña—. Dicen que la mancha negra es el Buque del Mundo, el arca de Noé.

Luego, en Georgia, visitáis las explotaciones petrolíferas de Baku, a orillas del mar Caspio, pero Marco no parece impresionado.

—Arde bien —observa—, pero no se puede comer de ninguna manera.

Tratas de no echarte a reír. ¡Cómo te gustaría enseñarle los aviones y automóviles de tu siglo, que tanto petróleo consumen!

En la ciudad de Saveh, Persia, veis unas tumbas ornamentadas que guardan en su interior los restos de tres hombres con la piel arrugada y oscura como el cuero. Tienen barba y cabello largo, y visten amplias túnicas de brocado.

—¿Quiénes son? —le preguntas a Niccolò.

—Son tres reyes —responde—: Melchor, Gaspar y Baltasar.

—¡Los tres Reyes Magos! —exclama Marco impresionado—. Son los tres reyes que fueron a ver al Niño Jesús a Belén llevando presentes.

Tú estás tan impresionado como Marco, pero comprendes que debes pensar en tu misión. Avanzando unos quince kilómetros al día, os llevará meses llegar a destino, de modo que decides poner una excusa y saltar adelante en el tiempo.

—Me gustaría hacer alguna transacción comercial por mi cuenta —les dices a los Polo—. Ya nos encontraremos dentro de unos meses.

—No seas necio —contesta Niccolò—. Por estas tierras hay bandidos que asaltan a los mercaderes que no van armados y lo más seguro es viajar en grupos grandes. Nuestra mejor protección es el pasaporte de oro del khan, pues el pueblo teme a su soberano mongol.

Haces todo lo que puedes para tranquilizar a los Polo y le pides a Marco que cuide el valioso presente del papa. Una vez que los has perdido de vista, saltas adelante en el tiempo.



Saltas adelante dos meses hasta Kerman. Pasa a la página 46.



Saltas adelante tres meses hasta Ormuz. Pasa a la página 38.



DECIDES irte a la India con el marinero desdentado y su cargamento de caballos. El tiempo parece apacible y, por lo que muestra el mapa, no parece estar muy lejos.

—¡Arriba! ¡Arriba! —grita la tripulación al unísono mientras iza la vela mayor por el único mástil del oscilante buque. La vela se hincha de viento y el buque empieza a avanzar alzándose y crujiendo con el oleaje.

Al poco tiempo os encontráis en pleno océano Índico y te sientes cada vez más mareado. Los caballos relinchan asustados por las olas que rebasan la borda del balanceante buque. Te escuecen los ojos por la sal del agua que te salpica y, cuando se pone el Sol, el frío te penetra hasta los huesos.

Acurrucado en un húmedo rincón, te sumes en un sueño lleno de sobresaltos y sueñas que te han encerrado dentro de una enorme lavadora. De repente te despiertan los gritos de alarma de la tripulación: ha estallado una tormenta inesperada y estás empapado.

—¡Coge el timón! —vocifera un marinero—. La vela mayor se está rompiendo.



El buque se inclina hacia adelante y el agua penetra por los costados y remoja a caballos y hombres por igual.

De súbito oyes un estremecedor crujido, como si un rayo hubiera hendido un árbol por el centro.

—¡Se ha roto el mástil! —grita la tripulación aterrada.

La tormenta sigue rugiendo mientras los hombres se acercan a gatas al mástil. Pero por encima de los gritos de hombres y caballos otro sonido llega hasta ti. Es un sonido horripilante, un chirrido como de muelles que se sueltan.

—¡Se parte por la mitad! —aúllan los marineros—. ¡Nos hundimos!

Los hombres saltan por la borda despavoridos y se agarran a cualquier tablón u objeto flotante. Más vale que desaparezcas o te ahogaras.



Retrocedes unas semanas a Ormuz y vuelves a probar suerte. Pasa a la página 57.



Saltas a tierra firme en Kerman. Pasa a la página 46.



E

SPANTAS con la mano un enjambre de zumbantes moscas negras que revolotean en el aire cargado de olor a pescado del puerto de Ormuz, en el golfo Pérsico. Corre el año de 1272.

Vas paseando hasta los muelles. Aunque hace muchísimo calor y humedad, el puerto de Ormuz hierve de actividad. Por tu lado pasan a toda prisa dos hombres cargados con un par de colmillos de elefante sobre los hombros. Unos cargan barriles de pescado, dátiles, vino y aceites en los buques que aguardan para zarpar, mientras que otros descargan valiosas mercancías: especias, perlas, seda y telas de oro.

Los buques de un solo mástil crujen amarrados al muelle. Comparados con los que estás acostumbrado a ver en el siglo XX, te parecen pequeños. Observas cómo varios estibadores, de piel curtida por el abrasador sol, terminan de cargar un barco destartado.

—¡Eh, tú! —te gritan—. ¡Cuidado!

Un hombre conduce un grupo de inquietos caballos por el atestado muelle.

—¿Adónde los lleváis? —preguntas.

—A la India —responde con una sonrisa, viéndosele que le faltan la mitad de los dientes—. Este buque está casi completamente cargado —prosi-



gue-. ¿Ves la bodega? En estos barcos no hay cubiertas. Cubrimos la carga con pieles y los caballos van encima.

-¿Y dónde van los hombres? -inquieres.

-Nosotros también vamos encima. -El marinero se echa a reír-. ¿Quieres venir? Siempre nos viene bien que nos echen una mano.

-Estoy buscando a unos amigos -le dices-. Los Polo. Son comerciantes.

-¿Los venecianos? -responde el marinero-. Estuvieron aquí hace unas semanas preguntando y mirando buques, pero no sé si contrataron alguno. Muy buenos marineros, esos venecianos; son hombres de mar por naturaleza. Dijeron que se dirigían a Catay. Personalmente, creo que están locos. Si subes a bordo te llevaremos hasta la India.

Parece que se te han escapado los Polo. ¿Debes arriesgarte y zarpar hacia la India? ¿O retroceder unas semanas en el tiempo y buscarlos en Ormuz?



Zarpas para la India.
Pasa a la página 35.



Retrocedes unas semanas hasta Ormuz. Pasa a la página 57.



DECIDES buscar a *Margarita* y rescatar la fuente de cristal y la jarra de oro, de modo que emprendes con precaución el regreso por la meseta de Rudbar.

La nube de polvo está comenzando a asentarse cuando te acercas a los restos de la caravana. No quedan más que unos pocos animales sueltos, carros volcados y bultos medio desechos.

De pronto, lanzas un grito de alegría al ver una silueta conocida que se recorta contra el paisaje. ¡Es *Margarita*!

Echas a correr hacia la humilde mula, le acaricias la cabeza y abres las alforjas.

-¡Buena chica! -dices al ver la jarra de oro. Parece que está intacta.

Pero, ¿qué es eso? ¿Está rajada la fuente? La sacas de la bolsa. También está intacta y la grabada superficie resplandece bajo la polvorienta luz. Sin embargo, *Margarita* rebuzna inquieta.

-¿Qué ocurre, muchacha? -le preguntas-. ¿Te pesa la carga? Bueno, te voy a ayudar. -Guardas la fuente de cristal y te cuelgas la alforja del hombro. Acto seguido conduces a *Margarita* por la llanura hacia la torre en la que se ocultan los Polo.

De pronto, llega hasta ti un sonido de cascos: uno de los bandidos se acerca al galope.

—¡Corre, *Margarita*! —le ordenas, pero la mula hunde las patas en la tierra y se niega a moverse. Tiras de ella y le suplicas que ande, pero es en vano.

Decides dejar a *Margarita* y echas a correr. Quizás el bandido se fijará en el animal y no se dará cuenta de tu presencia. Pero antes de que te hayas alejado diez metros oyes los cascos que se acercan. Ni siquiera has tenido tiempo de volver la cabeza cuando notas que te levantan por los aires y te suben a la silla de un camello al galope.

—¿Vuelves a Kerman, jovencito? —gruñe el bandido—. Te llevo... hasta el mercado de esclavos. —Te ha puesto un cuchillo ante el cuello, de modo que no puedes volverte a mirarlo y él no dice ni una palabra más hasta que llegáis a Kerman.

El mercado de esclavos de Kerman es un lugar aterrador en el que se lleva a cabo un sórdido negocio basado en la miseria. Su aspecto no difiere mucho del de un mercado de camellos, aparte, naturalmente, del hecho de que los comerciantes de esclavos discuten el precio de unas peronas.

—Cómprame estos dos y te daré uno viejo de regalo —dice una voz persuasiva.

—De pura raza y bien sanos —grita otra—. Ojos claros y buenos dientes. ¿Cuánto ofrecen?

Por fin ves a tu raptor. Lleva unos enormes bigotes y una barba estropajosa. Tiene la cara feroz y desalmada de una ave de presa.

El bandido te ata una cuerda alrededor del cuello y te obliga a entrar en una lóbrega tienda con el resto de las «mercancías». Un par de kauranas de aspecto malévolo con espadas curvas guardan la tienda.

—Sacaré un buen pellizco por ti —observa mientras te contempla codiciosamente—. Ponte ahí con los jóvenes. —Y te empuja hacia un lado.

Enfrente de ti ves a varios mercaderes de tu caravana que parecen magullados y asustados. Uno de los hombres le suplica al bandido y éste le responde con un puntapié.

—Es mi padre —dice una voz delicada a tu lado. La muchacha que ha hablado es una de las más bonitas que has visto nunca. El negro cabello le llega hasta la cintura y lleva la túnica bordada que usan los persas ricos, pero tiene los ojos anegados de lágrimas—. Me llamo Yasi —te informa—. Nos dirigíamos a Ormuz, que es donde vivimos. Te vi con tu caravana. Mi padre intenta comprar nuestra libertad, pero ya no nos queda nada que vender.

La alforja que contiene la fuente de cristal te pesa en el hombro.

—¿Cuánto os falta? —le preguntas a Yasi, pero, antes de que pueda contestar, el bandido entra en la tienda y se lleva a su padre.

Oyes los gritos del mercado y el ruido de las monedas al cambiar de mano. La tienda se va vaciando gradualmente. Al final el bandido regresa a buscar a Yasi.

—Esperad —le suplicas. El bandido te responde con un ademán despectivo—. Quiero comprar a esta esclava y tengo con qué pagar.

Sacas la exquisita pieza de cristal de la bolsa y alargas los brazos para que la admire el bandido.

—Hmmm —comenta con los ojos brillantes de codicia—. Un regalo digno de un rey.

—Ya lo creo —asientes—. Y un buen rescate por esta esclava y por mí.



—Tienes razón —contesta el bandido—. Déjame-la ver. —Te arranca la fuente de las manos y la contempla a la tenue luz de la tienda.

Pero inmediatamente saca un cuchillo de la manga.

—Me quedo con la fuente y con la chica —dice agarrando a Yasi. Le pone el cuchillo contra la garganta y sale de la tienda sin darte la espalda, con la fuente debajo del brazo libre—. Ten paciencia, jovencito —agrega riendo—. Tú eres el siguiente.

Te has metido en un buen lío. Deberías haberte acordado de que no es posible cambiar la Historia; quizás el destino de Yasi es ser vendida como esclava. Pero, ¿y la fuente de cristal? ¿Debes seguir al bandido y tratar de recuperarla? ¿O debes retroceder al momento en que decidiste separarte de los Polo? Si no hubieras salido de la torre tan pronto, nada de esto habría ocurrido.



Retrocedes a la torre, al momento anterior a tu marcha. Pasa a la página 66.



Sigues al bandido e intentas recuperar la fuente de cristal. Pasa a la página 52.



PENAS llegas a la ciudad de Kerman oyes una voz conocida en el mercado.

—Y luego vimos el arca de Noé y la tumba de los tres Reyes Magos.

¡Es Marco!

Te abres paso entre una multitud de embelesados oyentes hasta tu amigo.

—¡Pensábamos que no volveríamos a verte! —exclama Marco dándote un caluroso abrazo—. Hace meses que nos separamos. Padre y tío Maffeo están comprando animales de repuesto en el mercado de camellos.

Niccolò y Maffeo se aproximan y te saludan afectuosamente.

—Toma, una mula nueva para ti —dice Niccolò—. Llevarás las dos vasijas del papa en las alforjas.

Miras la humilde mula con expresión incierta.

—Se llama *Margarita*, como las flores —acota Maffeo—. La hemos elegido porque es tan apacible que nadie querrá robarla. Y guardará bien los tesoros.

—¿Por qué tantas precauciones? —pregunta Marco—. ¿Nos esperan nuevos peligros?

—Nos han hablado de una tribu despiadada de bandidos, los karauna —responde Niccolò—. Andan por la meseta de Rudbar y hemos de pasar por allí para llegar a Ormuz. Los mercaderes de aquí dicen que los karauna tienen poderes mágicos. Hacen que se forme una gran oscuridad y capturan a los viajeros para venderlos como esclavos. Nos uniremos a un grupo grande de mercaderes para ir más seguros.

A ti te suena a superstición, pero vas pensando en la historia mientras conduces a *Margarita* por la meseta de Rudbar.

Te encuentras en el centro de una caravana de camellos y mercaderes. Niccolò y Maffeo van delante con sus camellos y sus mulas nuevas. Tú vas con Marco y *Margarita*. La ruta es agradable y discurre a la sombra de palmeras y frutales. *Margarita* resulta una mula de temperamento dulce y pronto se acostumbra a comer fruta de tu mano.

La caravana serpentea por la llanura semejan-do una larga y fina línea. De tanto en tanto, sorprendidas bandadas de tórtolas se alzan alarmadas hacia el cielo ante vuestro paso. Todas las poblaciones que encontráis en vuestro camino están rodeadas de enormes murallas de barro.

—Para protegerse de los karauna —explica Maffeo—. Y mirad, ahí hay un pueblo que no ha sobrevivido. —Señala a lo lejos un grupo de casas que parecen abandonadas, rodeadas por una pared medio derruida.

Mientras proseguís la marcha empieza a soplar un viento seco que levanta el rojizo polvo de la

llanura y forma una neblina rosada en torno a la caravana. El cielo se vuelve de un gris cobrizo y el Sol toma el color de una moneda de bronce.

—Está oscureciendo —dice Marco angustiado—. Es la magia karauna.

—No es más que una tormenta de polvo —lo tranquilizas, pero miras nervioso a tu alrededor. El viento se ha intensificado y desde la distancia llega un ruido sordo. No son truenos.

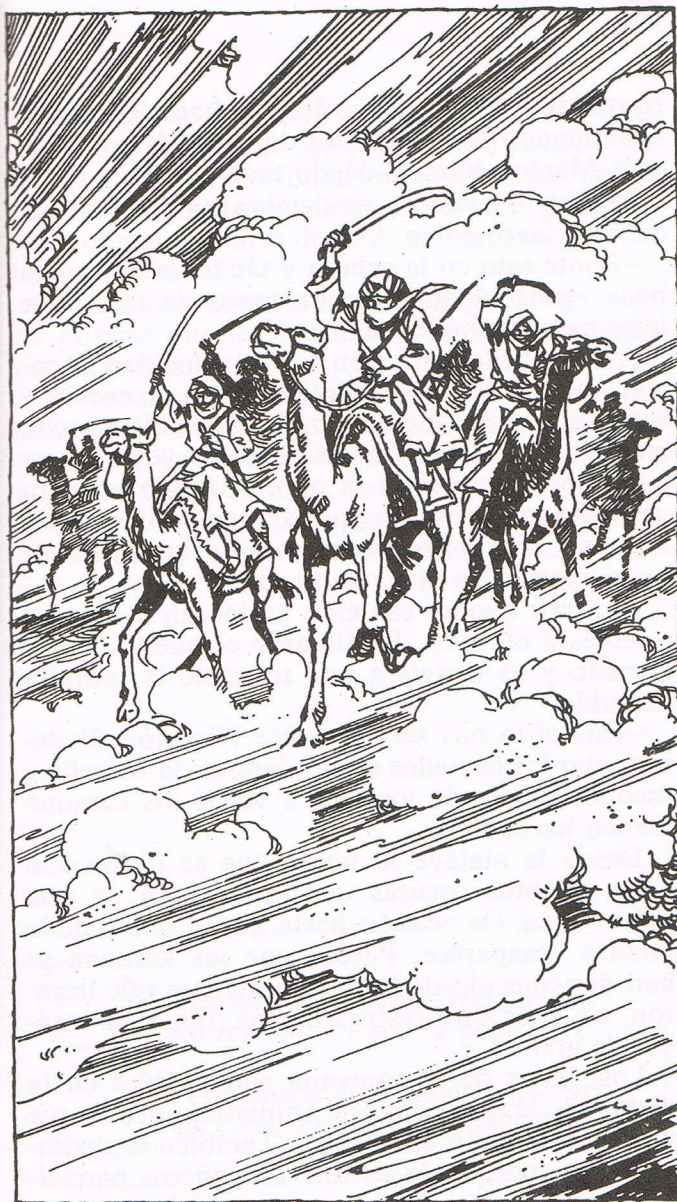
—¡Son cascos de caballos! —exclama Marco—. ¡Padre! ¡Tío! ¡A los camellos! ¡Corramos!

A través del sombrío remolino de polvo, se materializan de pronto, como salidas de la nada, las figuras con turbante de los bandidos. A galope tendido sobre sus camellos, se lanzan sobre la cabeza de la caravana. Con mortífera precisión y blandiendo enormes espadas curvas que silban en el aire, se abren camino hacia Marco y hacia ti.

La caravana se divide en un centenar de fragmentos y los mercaderes se dispersan en todas direcciones. Algunos tratan de salvar su mercancía pero, incapaces de huir con rapidez por las piezas de tela y los pesados sacos, son derribados por los vigorosos golpes de los karauna. Todo el mundo grita en la nube de polvo y tú sientes los ojos y la boca llenos de arena.

De repente, una figura oscura agarra a Marco, lo sube a un enorme camello y huye al galope. En la última imagen que conservas de tu amigo lo ves envolviéndose la cabeza con un turbante, pero no tienes tiempo para preguntarte lo que eso significa: otra figura se inclina hacia ti.

—¡Salta detrás de mí! —vocifera el jinete del turbante. Es Maffeo Polo, que se esfuerza por



controlar a su camello-. Iremos hacia el pueblo abandonado que acabamos de pasar. Niccolò lleva a Marco. ¡Vamos, déjalo todo y ven!

Maffeo te levanta y os alejáis al galope a través del asfixiante polvo.

-Ponte esto en la cabeza y tápate la nariz y la boca -grita alargándote un trozo de tela-. De lejos pareceremos karaunas.

Atravesáis la confusión a toda velocidad mientras veis cómo los bandidos raptan, asesinan y roban a los mercaderes con los que habíais hecho amistad unas horas antes. Incluso ves que un bandido carga contra la pobre *Margarita*, pero vais demasiado aprisa para acabar de ver lo que le pasa. Cuando finalmente ya te es imposible ver nada, cierras los ojos con fuerza.

Al sentir que los camellos aminoran la marcha vuelves a abrirlos. Estáis ante el pueblo abandonado y os dirigís a una torre de la muralla derruida.

-Este sitio nos servirá -dice Niccolò-. Podemos atar los camellos al otro lado de la muralla y escondernos en la torre para ver si los karauna vienen hacia aquí.

Desde la atalaya lo único que se divisa son unas sombras oscuras que se mueven en una nube rojiza. Os ocultáis hasta que el polvo de la llanura desaparece. Parece que los karauna se han desvanecido de la misma manera que llegaron, sin dejar otro rastro que una fina nube rosácea de arena.

Los restos de la caravana son visibles en la distancia. Hay docenas de animales, unos de pie y otros tumbados en el suelo. También se distinguen los cuerpos de varios compañeros parcial-

mente enterrados ya en los montones de polvo.

-Pobre *Margarita* -comentas suspirando-. ¿Y si la han matado? -Entonces te acuerdas de los regalos del papa que debías custodiar-. ¡La fuente de cristal y la jarra de oro! -exclamas-. ¿Y si se las han llevado?

-Quedémonos un rato más -sugiere Niccolò-. Es posible que los karauna todavía anden buscando rezagados.

«O los animales y mercancías que hayan quedado por el camino», piensas. A lo mejor todavía no se han llevado a *Margarita*. ¿Debes volver a buscarla? Si te capturan, siempre puedes saltar en el tiempo. Por otra parte, si desaparecen los regalos del papa, no pasa nada grave.



Regresas a buscar a *Margarita* y los regalos. Pasa a la página 41.



Permaneces escondido con Marco y los Polo. Pasa a la página 66.



D

ECIDES seguir al bandido y tratar de recuperar la fuente de cristal, pero para eso tienes que pasar por delante de los dos guardias karauna. Te diriges a la entrada de la tienda y entablas conversación con ellos.

—Qué guapa era la chica —le dices al primer guardia—. ¿Cuánto creéis que valdrá?

—¿Ésa? —pregunta el guardia señalando al otro lado de la cortina que hace de puerta de la tienda.

Asomas la cabeza para mirar y observas que el bandido está atando a Yasi a la silla de un camello junto a tu alforja.

—No la va a vender —continúa el guardia—. Yousef la lleva a Alamut para ofrecérsela como regalo al Viejo de la Montaña. La caravana parte hoy.

Tienes que salir rápidamente si quieres tener alguna posibilidad de recuperar la fuente, de modo que decides probar una treta.

—¡Mirad, la esclava lleva un cuchillo escondido en la manga! —exclamas—. Lo he visto brillar. ¡Va a matar a Yousef!

Los guardias salen corriendo de la tienda para socorrer al bandido, y tú aprovechas para desli-

zarte por un hueco de la parte posterior de la tienda y huir.

Recorres a toda prisa el mercado de Kerman. Detrás de un puesto de telas, en un montón de retales, encuentras un trozo que te puede servir de turbante. Y la suerte sigue acompañándote: en el montón de desechos de un sastre encuentras un caftán de lana fina que ha debido de encogerse al secarse al sol. Te queda a la medida y completa tu disfraz.

Te apresuras a incorporarte a la caravana que parte para Alamut. Un amable comerciante de especias accede a permitirte ir con él si te ocupas de sus animales. Te pones en la cola a poca distancia de Yousef y Yasi.

—¿Dónde está Alamut? —le preguntas al mercader cuando la caravana se pone en marcha.

—En las montañas, cerca del mar Caspio —contesta—. El nombre significa «nido de águilas», porque está a gran altura. El gran jefe tiene el cuartel general bien escondido.

—¿El Viejo de la Montaña?

—Sí. Allí es donde prepara a sus secuaces, los Asesinos. Se entrenan para matar, rápida y eficazmente, con total despreocupación por su propia vida. Se dice que un Asesino es capaz de saltar al vacío desde la más alta torre del Viejo en cuanto éste mueve el dedo meñique. —El mercader de especias te mira intrigado—. No pensarás hacerte Asesino, ¿verdad? No pareces de esos.

Niegas con la cabeza y te ríes. Pero, de pronto, observas que muchos de tus compañeros de viaje son jóvenes guerreros, sin mercancías para vender.

—Ése sí que parece un Asesino —comenta el

mercader señalando a Yousef—. Pero tiene demasiados años. Al Viejo le gusta que sus secuaces estén en plena juventud.

Viajáis hacia el norte durante varios días, ascendiendo penosamente cima tras cima. Y por fin está ante ti: distinguiéndose apenas de las rocas que la rodean, hay una formidable fortaleza de almenas y torres con una única puerta. Es el castillo del Viejo.

Los guardias Asesinos, de mirada vidriosa y distante, os cachean al entrar. Van vestidos de blanco, con excepción de los cinturones y los zapatos rojo sangre, y cada uno lleva un par de dagas curvas.

A continuación os conducen a una sala de audiencias donde desfiláis ante un anciano de negras cejas y larga barba blanca, que inclina la cabeza en señal de aprobación cuando Yousef empuja a Yasi hacia adelante y acepta la valiosa fuente de cristal sin decir palabra. Yousef y Yasi desaparecen detrás de una cortina mientras el mercader de especias hace una reverencia y ofrece su mercancía. Al poco también desaparece. Cuando llega tu turno, te inclinas profundamente imitando a los demás y de inmediato un guardia te hace salir bruscamente de la sala.

—Ahora a comer—te dice llevándote a una habitación llena de gente que participa en una suntuosa comida.

Los alimentos son exquisitos, aromáticos y picantes y acicatean tu apetito. Sin embargo, en seguida notas que te pesa la cabeza y que muchos de los comensales se han quedado dormidos. Te resulta imposible mantener los ojos abiertos.

De repente, despiertas sobresaltado. ¿Dónde

estás? ¿Dónde has estado? Sacudes la cabeza confundido. Te encuentras en un magnífico jardín. El aire es cálido y la brisa tiene un dulce aroma. El jardín está lleno de pájaros que cantan, fuentes burbujeantes, música suave y árboles frutales. ¿Acaso has muerto y estás en el paraíso?

Pronto adviertes que no estás solo. Te acompañan los jóvenes guerreros de la caravana y unas jóvenes preciosas vestidas con tenues túnicas.

Paseas por el jardín como si estuvieras soñando. Una fuente despidе un rocío de vino. Una muchacha toca el laúd y canta suavemente; con una mano se retira el largo cabello negro que le cae sobre el rostro. ¡Es Yasi!

Te saluda con alegría.

—Te he seguido —le explicas—. Pero, ¿dónde estamos? ¿Hay alguna manera de salir de aquí? ¿Por qué me siento tan raro?

—Estás en el jardín del Hashishin de los Asesinos —responde ella— y la comida que te han dado estaba drogada. Todos éstos piensan que están en el paraíso y creen que yo soy un ángel. Dentro de unos días, el Viejo de la Montaña volverá a drogarnos y se los llevará a la fortaleza mientras duermen. ¡Cómo desearán regresar al paraíso! El Viejo entonces les dirá que deben obedecer sus órdenes y que, si mueren, regresarán al paraíso antes. De este modo, sus ejércitos están siempre dispuestos a morir y matan a los demás sin remordimientos.

—¿Cómo puedo sacarte de aquí? —preguntas—. ¿Dónde está mi fuente de cristal?

—De la fuente tienes que olvidarte. Cuando salimos de la sala de audiencias, uno de los guardias se sentó encima y la rompió en mil pedazos.

—Se echa a reír alegremente—. En cuanto a mí, estoy en el paraíso. Encontrar a mi padre es imposible, así que me quedaré aquí a tocar el laúd. Cuando envejezca, el Viejo me liberará.

Empiezas a poner objeciones, pero Yasi sacude la cabeza y te posa un dedo en los labios.

—Eres tú el que ha de hallar una manera de huir —te dice—. No comas nada más ni bebas más vino porque entonces desearías quedarte para siempre. Márchate pronto o el Viejo te mandará a la guerra.

Te despides de Yasi, buscas un lugar apartado en el jardín y saltas con pesar.



Retrocedes hasta un poco antes de dejar a los Polo en la llanura de Rubdar. Pasa a la página 66.



T

E encuentras en el puerto de Ormuz mirando cómo los Polo inspeccionan los buques. No parecen satisfechos. Marco te alcanza y te echa el brazo por los hombros.

—Bueno, hasta aquí hemos llegado —comenta alegremente, pero luego sacude la cabeza disgustado—. Pero no llegaremos a ningún otro sitio si cogemos uno de estos barcos. Los tablones ni siquiera están clavados: están amarrados con cuerdas hechas con cáscaras de coco. ¡Menos mal que nosotros los venecianos sabemos distinguir un buen navío de un cedazo!

Niccolò y Maffeo te saludan entristecidos.

—Vamos a tener que retroceder para continuar el viaje por tierra —dice Maffeo—. Y nos retrasaremos un poco. ¿Te quedas con nosotros?

—¡Claro! —respondes.

Marco sonríe complacido.

—Entonces te encargarás de las mulas —te indica Niccolò—, incluida la testaruda *Margarita*, con la valiosa carga de una jarra de oro.

—Valía la pena perder la fuente de cristal para



cruzar sin peligro la meseta de Rudbar —observa Marco—. ¿Tenemos que volver a pasar por allí?

—Sí —confirma Niccolò—, a no ser que prefieras ahogarte en el océano Índico. Tomaremos la ruta de la seda hasta Catay. Marco, tú te encargarás de los nuevos camellos.

Viajáis a lo largo de muchos kilómetros con un calor tan intenso que los lugareños se pasan el día remojándose en los ríos. Pero a medida que avanzáis hacia el norte, el calor va disminuyendo.

En tu propia época, la ruta sería peligrosa pues cruzaría Irán y los montes de Afganistán, asolados por las guerras. En 1273 sólo es ligeramente menos peligrosa. Hay bandidos e invasores, escasez de comida y de agua, e incluso leones.

Pero en cada aldea que cruzáis Marco halla algo de qué asombrarse: el dulzor de los melones, la blancura de la sal, la abundancia de puerco espines o un pájaro inusual.

En los montes de la provincia de Balakhshan os encontráis con un grupo de mineros cargados con picos y sacos.

—¿Qué es lo que buscáis? —pregunta Marco.

—Excavamos la roca en busca de estos rubíes —contesta uno de los mineros sacando del saco una vistosa piedra roja grande como una rosa que centellea al sol—. Muy bonita, ¿verdad? —prosigue el minero—. Son muy raras y valiosas porque nuestro rey sólo permite que salgan de sus manos unas pocas. Y las minas son territorios prohibidos para todo el mundo menos para nosotros.

—Lástima —comenta Marco—. Un rubí sería un buen regalo para Kublai Khan en lugar de la fuente de cristal que hemos perdido.

El rostro del minero se ilumina cuando ve el pasaporte de oro de los Polo.

—Quizá si se lo pidierais a nuestro rey le mandaría uno como presente al gran khan —sugiere.

—Gracias —interviene Niccolò—, pero ya vamos con retraso y hemos de llegar a los montes de Pamir antes de que empiece a nevar.

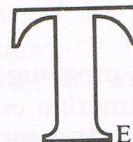
Pero el minero te ha dado una idea. ¿Debes buscar un rubí para el khan? Seguro que así te ganarías su favor. Quizá te otorgaría un pasaporte de oro propio. ¿O deberías quedarte con los Polo y penetrar en los montes de Pamir? Después podrías ir a cualquier punto de su reino para averiguar cómo se perdió la ruta de Oriente.



**Te quedas con los Polo.
Pasa a la página 64.**



**Entras a escondidas en una
mina de rubíes. Pasa a la página 72.**



TE frotas los ojos para disipar tu aturdimiento y, de pronto, percibes los cegadores destellos de un rubí. Pero estás muy lejos de las minas de rubíes: la piedra centellea desde el puntiagudo casco dorado de un hombre muy anciano que encabeza un batallón de tropas. Estas pasan ante ti y atraviesan la plaza mayor de una ciudad fantástica.

¿Dónde puedes estar? Bajo tus pies hay una fina capa de nieve. Los edificios que te rodean están decorados con arabescos de mosaicos azules y dorados y rematan en elegantes cúpulas de color turquesa. Pero también ves cadáveres que cuelgan de horcas de madera balanceándoseles la cabeza.

Detrás de ti hay un bazar desierto. Todo el mundo ha interrumpido su actividad para presenciar la partida del ejército. Al majestuoso anciano sigue una cabalgada de hombres y pertrechos: los comandantes a caballo, con armaduras doradas, una manada de elefantes equipados para la batalla, carretas recubiertas de planchas de hierro y cargadas de armas, caballos y camellos, centenares de carros y una hilera de soldados

de a pie dotados de arcos y flechas, escudos y lanzas.

—¡Un día extraordinario para Samarkanda! —comenta un mercader que se ha situado a tu lado—. Los doscientos mil hombres no terminarán de pasar hasta la noche.

¿Samarkanda? Has ido a parar al norte de las minas de rubíes, en los montes del sur de Rusia.

—¿Adónde van? —preguntas.

—Nuestro jefe Tamerlán es anciano, pero lleva la sangre de sus ancestros mongoles —responde el comerciante—. Conduce el ejército hacia China.

—¿Y los ahorcados? ¿Quiénes eran? —inquieres señalando las horcas.

—Eran los arquitectos de la mezquita de Tamerlán. No era suficientemente alta. Tamerlán puede ser cruel, es cierto —agrega con un suspiro—. Destruyó la ciudad de Bagdad lo mismo que su antepasado, Gengis Khan. Hizo una matanza de mamelucos en mi ciudad natal, Damasco, y asesinó a millares de hombres cuando invadió la India. Pero ha construido un gran imperio musulmán y quiere conquistar a los infieles de China. Sin embargo, me temo que este invierno le llegará la muerte: se dirigen hacia territorios de nieves.

—Sí, hace frío —dices tú—, pero pensaba que los mongoles ya gobernaban China.

—¿Estás de broma? —El mercader te mira con suspicacia—. ¿No serás uno de los espías de Tamerlán? Todo el mundo sabe que los Ming expulsaron a los mongoles de China hace casi cuarenta años.

No sabes cómo responder, pero por suerte tu

interlocutor se distrae con la aparición de un nuevo batallón de soldados.

—¡Mira que arcabuces más bonitos! —exclama orgulloso—. No dirás que no soy un maestro armero.

Admiras debidamente las extrañas escopetas. ¿Escopetas? ¡Pero si no se inventaron hasta fines del siglo XIII...!

—¿En qué año estamos? —inquieres.

—¿Es que has perdido la memoria? Estamos en 1405.

Has avanzado demasiado en el tiempo. No es de extrañar que nadie siguiera a Marco Polo en esta época de la Historia: Tamerlán estaba arrasando Asia.

Te metes en el desierto bazar para saltar en el tiempo. ¿Quieres regresar con los Polo, camino de Pamir? ¿O saltar a territorio mongol a donde sabes que se dirigen?



Regresas con los Polo donde los dejaste, camino de los montes de Pamir. Pasa a la página 64.



Saltas a territorio mongol para buscarlos. Pasa a la página 84.



AS avanzando lenta y laboriosamente con los Polo por la meseta de Pamir, situada a gran altura en el macizo montañoso del Hindu Kush. Lleváis muchos días ascendiendo.

Aunque es verano, la temperatura es muy baja y vais envueltos en pieles de oveja. Debido a la altitud, os resulta difícil respirar y las fogatas que encendéis apenas emiten llamas. Los Polo han cambiado sus animales por unos robustos caballos.

—Aquí arriba estamos a medio camino entre el cielo y la tierra —dice Niccolò—. A esto lo llaman el tejado del mundo.

Y lo entiendes perfectamente. Por encima de ti hay unos picos tan altos que te da la sensación de ser una hormiga. También comprendes por qué en tu época nadie quiere comerciar con China por esa ruta. Sólo los animales de carga pueden transitar por esos senderos.

No obstante, y pese al gélido aire, en la llanura crecen pastos que alimentan a una raza de carneros salvajes con grandes cuernos retorcidos de hasta metro y medio de largo.

De vez en cuando pasáis ante esqueletos de oveja cuidadosamente apilados y pirámides de cornamentas que señalan el camino a través de los ventisqueros.

Al duodécimo día os encontráis con un pastor que se dirige al mercado con un cargamento de pieles.

—Los lobos matan a muchas de mis ovejas —os cuenta—, pero no tengáis miedo de que ataquen vuestro campamento porque tienen muchas ovejas que comer. Pronto llegaréis a un poblado y veréis corrales hechos con cuernos. Todos nuestros enseres los hacemos con astas de carnero: platos, cazos, sillas... —Se echa a reír—. Debéis aseguraros de que os lleváis provisiones suficientes para cuarenta días, pues no encontraréis ni un alma hasta que bajéis a Kashgar.

—¡Kashgar! —exclama Niccolò—. Maffeo y yo pasamos por Kashgar en el primer viaje a Catay. ¡Hemos avanzado bastante!

—Pero antes hemos de andar por el hielo y la nieve durante cuarenta días —observa Marco.

Después de darle las gracias al pastor, emprendéis la marcha hacia el poblado para comprar provisiones que os duren cuarenta días. Te encuentras en tierras muy lejanas y no tienes excusas que justifiquen un salto en el tiempo. Parece que vas a tener que quedarte con los Polo. Empiezas a comprender por qué nadie quiso repetir el viaje. ¿Y si quedáis atrapados en una tormenta de nieve? Podríais morir de hambre o de frío. O podrían comerlos los lobos.



Pasa a la página 67.

D

ECIDES permanecer con los Polo, resguardado en la torre ruinoso.

—Probablemente hemos perdido a *Margarita*, con los regalos del papa —te lamentas—. ¿Por qué no cogería las alforjas?

—El retraso podría haberte costado la vida —responde Marco—. Espera, ya veremos.

Por fin, horas después, el polvo desaparece. Después de comprobar que no hay bandidos a la vista, los Polo y tú montáis en los dos fatigados camellos y salís con precaución a la llanura. Esta vez el camino está lleno de baches y protuberancias pero lo encontráis agradable.

De pronto ves, algo que te llena de alegría.

—¡*Margarita*! —exclamas.

La dócil mula está mordisqueando apaciblemente un polvoriento arbusto que ha encontrado. Una de las alforjas se ha abierto y cuelga vacía de un costado. La fuente de cristal ha desaparecido, pero la otra alforja guarda la jarra de oro intacta.

—¡Buena chica! —le dices acariciándole el cuello. Luego te echas a reír.

De la boca de *Margarita* pende un trozo de tela: la descolorida manga de un bandido karauna.



Vas a Ormuz.
Pasa a la página 57.



D

URANTE cuarenta días y cuarenta noches arrearéis a vuestros animales para que sigan avanzando por la nieve. Por fin descendéis al cálido clima de la provincia de Kashgar. Os encontráis en lo que, en el siglo XX, es el límite de China.

Estáis agotados. Sin embargo, Niccolò y Maffeo están muy contentos. Marco y tú los seguís a la plaza del mercado, donde cambian los caballos por camellos.

—Ahora, hacia el desierto de Lop —te dice Maffeo—. Debemos mantenernos unidos a una caravana si queremos cruzarlo sin contratiempos.

Estáis a punto de entrar en el gran desierto de Gobi.

La caravana emprende la marcha al amanecer. A mediodía hace un calor inimaginable y a vuestro alrededor ya no hay nada más que montículos de arena dorada que ondean como las olas de un vasto mar seco.

Tienes la garganta como el esparto y el resplandor del Sol te obliga a entrecerrar los ojos; lamentablemente, en 1274 todavía no hay gafas de sol.

—Acuérdate del viento helado del Hindu Kush —sugiere Marco.

Pero pensar en la nieve te produce todavía más sed.

—Cuando crucemos el desierto habremos llegado a territorio mongol —dice Niccolò—. Si lo cruzáramos por la parte más larga tardaríamos un año, pero ésta es la más corta. No tardaremos más que treinta días.

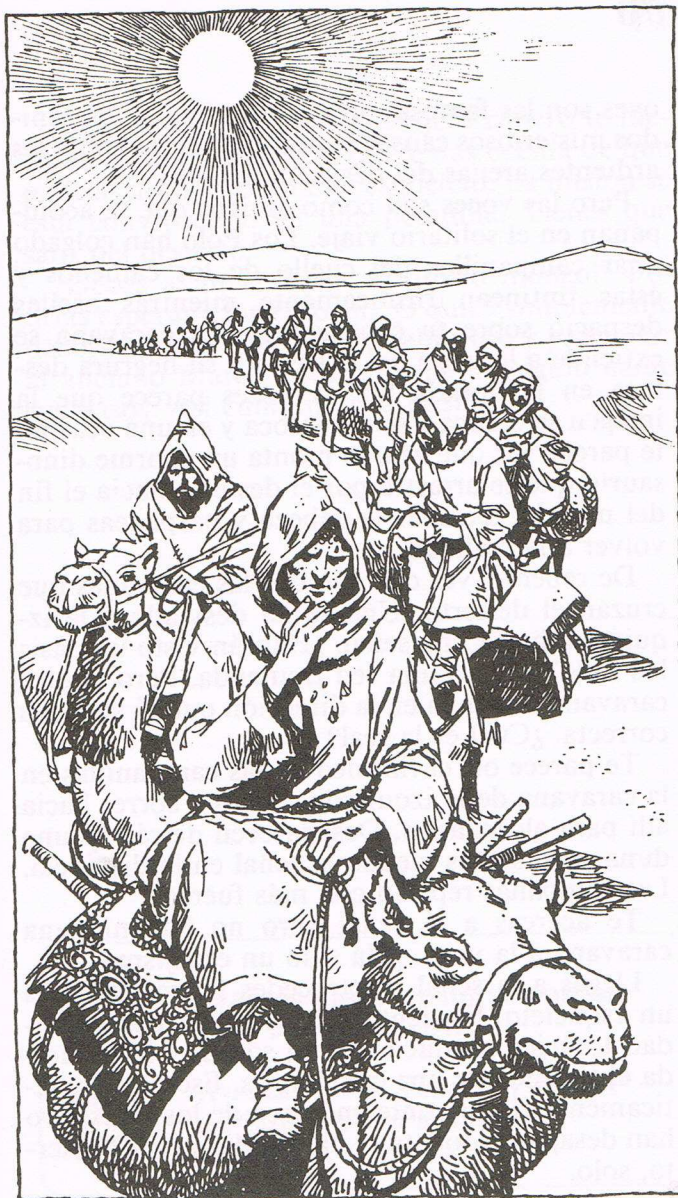
¡Treinta días!

Seguís cabalgando interminablemente. El desierto es tan extraño y tan árido que tienes la sensación de que estás en otro planeta. Aproximadamente cada dos días llegáis a un oasis, donde hay el agua justa para vuestro grupo, y cada noche tenéis que poner una señal que indique en qué dirección vais: si una mañana echarais a andar en dirección equivocada podríais perderos para siempre.

Durante el día hace un calor abrasador y por la noche un frío tremendo. Pero lo más extraño de todo son los sonidos: el entrechocar de platillos, una banda militar, batir de espadas, tambores distantes, jinetes invisibles. Y nunca faltan las voces, que a veces cantan o te llaman suavemente. ¿De dónde proceden?

—No hagas caso de los ruidos —aconseja Niccolò—. Son las voces de los espíritus del mal que tratan de tentar a los viajeros para que se aparten de su camino.

Tú no estás muy seguro. Sospechas que lo que



oyes son las famosas arenas cantoras, unos sonidos misteriosos causados por los vientos sobre las ardientes arenas del desierto de Gobi.

Pero las voces son como amigos que te acompañan en el solitario viaje. Los Polo han colgado unas campanillas del cuello de los camellos y éstas tintinean rítmicamente mientras oscilas despacio sobre tu cabalgadura. La caravana se extiende a lo largo del desierto y su negrura destaca en la dorada luz. A veces parece que la imagen se enfoca y se desenfoca y en una ocasión te parece ver que Marco monta un enorme dinosaurio que se arrastra por el desierto hacia el fin del mundo. Sacudes la cabeza y parpadeas para volver a la realidad.

De repente, ves que son dos las caravanas que cruzan el desierto. Una se ha desviado a la izquierda, hacia una señal. ¿Habrán visto un oasis los Polo? Tienes una sed tremenda. Pero la otra caravana continúa en la dirección que tú supones correcta. ¿Cuál es la real?

Te parece oír el tintineo de las campanillas en la caravana de la izquierda. Echas a correr hacia allí para alcanzarlos. Desaparecen detrás de una duna pero sigues viendo la señal en la distancia. Las campanas repican con más fuerza.

Te acercas a la señal pero no hay ninguna caravana a la vista. ¿Ha sido un espejismo?

Llegas a la señal y retrocedes horrorizado: es un esqueleto. El viento silba a través de la cavidad torácica produciendo un sonido que recuerda el tintineo de una campanilla. Escrutas frenéticamente el horizonte en busca de los Polo pero han desaparecido y tú te has perdido en el desierto, solo.

Estás bastante harto del viaje. Primero te hielas en las montañas y ahora te das cuenta de que podrías acabar como este esqueleto. La misión se está convirtiendo en una pesadilla. Tienes que salir del desierto.

¿Debes avanzar hasta territorio mongol? Podrías esperar a los Polo allí. O quizá simplemente deberías saltar a Venecia en el futuro y preguntar al anciano Marco Polo por qué no siguió nadie sus pasos. Así cumplirías la misión.



**Avanzas hasta territorio mongol.
Pasa a la página 84.**



**Avanzas hasta Venecia y buscas
a Marco Polo. Pasa a la
página 74.**



P

IENSAS introducirte a escondidas en las minas de rubíes de Bala-khshan.

—Quiero saber más cosas de las minas de rubíes —explicas a los Polo—. Os alcanzaré en cuanto pueda. Marco, ¿me haces el favor de cuidar a *Margarita* por mí?

—Claro —responde Marco—. Pero no te retrases demasiado o no nos volverás a alcanzar.

—Siempre he querido ser minero —les dices a los obreros de las minas, y ellos comienzan de buen grado a hablarte de su trabajo.

—Pero eres demasiado joven para trabajar en una mina —observa uno—. Además, eres extranjero y el rey no lo permitirá.

Suspiras fingiendo desilusión.

—Supongo que tenéis razón —comentas en cuanto los Polo se pierden de vista—. Más vale que me apresure para alcanzar a mis amigos.

Los mineros siguen su camino y tú te internas en el monte. Pronto encuentras un sendero bien visible que conduce a un túnel excavado en la roca y descubres un rutilante rubí del tamaño de un puño en el suelo.

—¡Caramba! —exclamas cogiendo la gema color de fuego—. ¡Esto sí que ha sido fácil!

—Sí, buscar rubíes es facilísimo —dice una sarcástica voz.

Te vuelves rápidamente y ves que dos mineros te contemplan desde un lado del camino.

—Te sorprendería saber cuántos extranjeros sienten interés por la minería después de ver un rubí de éstos —agrega el segundo minero—. Lástima que el castigo por robar uno sea la muerte.

—Yo... yo sólo lo miraba —tartamudeas al tiempo que dejas caer el rubí al suelo.

Pero los mineros avanzan hacia ti. Uno lleva una cuerda y el otro una estaca.

Retrocedes hacia la entrada de la mina. Los mineros saltan sobre ti pero te escapas por los pelos y te refugias en la oscuridad del túnel. La accidentada roca del suelo te hace tropezar y caer, y te haces unos cortes en las rodillas. Resbaldas por el empinado camino y bruscamente te encuentras frente a una pared que te cierra el paso.

Oyes que los mineros se acercan con paso firme. Es evidente que en la oscuridad del túnel están como en su casa. ¡Más vale que desaparezcas ahora que puedes!



¡Salta! Pasa a la página 61.

SALES de detrás de una palmera. Estás en el vestíbulo de un hermoso palacio veneciano. La gente, que lleva ornamentadas máscaras y lujosos trajes, penetra en una enorme sala de baile de donde sale la música que impregna la noche.

Entras en la sala y te diriges a un hombre vestido de pájaro. Tiene las mangas llenas de relucientes plumas azules y su sombrero termina en forma de pico amarillo.

—¿Habéis visto a Marco Polo? —le preguntas.

—¿Polo? —responde con voz chillona imitando a un pájaro—. Ah, debes de querer decir Marco Milione. A ver... creo que esta noche tenemos tres. —Alarga una de las alas hacia tres hombres disfrazados.

Los tres van enmascarados. Uno lleva una túnica de brocado chino, el segundo lleva monedas y baratijas doradas cosidas al traje, y el tercero va vestido con harapos forrados de seda y joyas.

Te aproximas a ellos. Todos rivalizan en sus relatos.

—Yo vivía en un palacio de un millón de habitaciones —dice el primero.

—Yo me traje un millón de ducados —afirma el segundo.

—Yo he recorrido un millón de kilómetros —declara el tercero.



Los espectadores, elegantemente ataviados, se ríen con educación y siguen su camino. Los hombres advierten tu presencia.

—¿De qué vas tú? —pregunta el primer Marco Milione, levantándose la máscara para mirarte mejor.

Los otros lo imitan. ¡Ninguno de ellos es Marco Polo! ¡Son simples disfrazados de un baile de máscaras!

—Debes de ir vestido de mendigo —comenta el segundo—. Qué traje más... realista.

Es cierto que estás desaliñado y fatigado del viaje. Con seguridad, no vas adecuadamente vestido para asistir a un baile. Y no te has bañado desde el viaje en camello.

—Sí, voy *disfrazado* de mendigo —dices.

—Pues estás sucísimo —observa el tercer hombre arrugando la nariz—. Tanto, que me parece que eres un mendigo de verdad. —Y le hace una seña a un guardia vestido de turco.

Echas a correr entre Arlequines y Colombinas, demonios y osos danzarines, hasta que llegas a la puerta principal. Una elegante pareja, el rey Neptuno y una ninfa marina, crees, alargan su invitación a un criado y alcanzas a ver la fecha en una esquina de la tarjeta: ¡1732! Has avanzado demasiado en el tiempo.

Sales al exterior y retrocedes en el tiempo para buscar a Marco Polo.



**Permaneces en Italia y saltas a 1298.
Pasa a la página 89.**



CABALGAS con la escolta mongol a lo largo de la Gran Muralla china. El imponente muro tiene una anchura suficiente para que pasen sobre él seis hombres a la vez y sigue las ondulantes lomas del terreno como una infinita cinta de satén que desaparece en la distancia.

Llegáis a una ciudad fortificada y, de repente, aparece ante tus ojos el palacio de Shang-tu como si fuera un sueño. Está hecho de mármol y tiene los tejados inclinados y numerosos relieves dorados. Estás en 1275. El viaje de los hermanos Polo al reino de Kublai Khan ha durado cinco largos años.

—Por fin —suspira Marco—. ¡Catay!

Informado de vuestra llegada, el khan ha mandado una guardia de honor a daros la bienvenida y ésta os conduce por los terrenos de palacio: kilómetros y kilómetros de maravillosos parques y jardines.

—El khan tiene un segundo palacio también muy bello, construido en un bosquecillo resguardado. Os recibirá allí.

Pronto llegáis a una enorme y aireada construcción hecha por completo con cañas de bambú unidas con cuerdas de seda. Su belleza es subyugadora.

—Parece una yurta fantástica —dice Marco asombrado.

Unos mozos se llevan vuestros caballos para ocuparse de ellos y los guardias os acompañan al interior de la magnífica tienda. En el interior cuelgan tapices de seda bordada y todo parece flotar sobre columnas doradas. Las columnas culminan en unos enormes dragones tallados que sostienen la techumbre sobre sus graciosas zarpas.

En un extremo de la cámara, elevado mediante una plataforma y sentado sobre un montón de almohadones, está Kublai Khan. Va vestido con una túnica de rico oro y le rodean elegantes cortesanos, todos ataviados con túnicas de un oro más pálido. Los Polo y tú os arrodilláis y tocáis el suelo con la frente en la tradicional reverencia oriental.

Alzas la vista para mirar al khan. Tiene la tez rosada y los penetrantes ojos negros de la raza mongol, pero el cabello y la barba se le han vuelto blancos con la edad.



—Por fin habéis regresado —dice con voz suave pero poderosa—. Siento una gran alegría de volver a veros. Y ¿quiénes son éstos?

Niccolò y Maffeo se levantan y vuelven a inclinarse antes de presentaros a Marco y a ti. El khan os da la bienvenida a Catay.

—¿Me habéis traído lo que pedí? —pregunta.

—Os hemos traído cartas y regalos de nuestro papa —responde Niccolò entregando el paquete de cartas a uno de los ayudantes del khan, quien las coloca en las manos de Kublai Khan.

Seguidamente Niccolò te da un codazo y señala una gastada alforja. ¡La jarra de oro! Extraes la preciosa jarra de la bolsa y se la alargas cuidadosamente a un criado. El khan recibe el delicado regalo y lo hace girar para que le dé bien la luz en la superficie.

—Un regalo muy bonito —observa dejándola a un lado, no muy impresionado al parecer—. ¿Dónde están los cien sacerdotes cristianos que me prometisteis?

Niccolò hace todo lo posible para explicarlo, pero adviertes que el khan está decepcionado. Es evidente que valora más el conocimiento que la riqueza. No obstante, en seguida recupera el buen humor.

—Tenéis que contarme el viaje —declara—. ¡Y me gustaría oír hablar mongol a este hijo vuestro! Me han dicho que ha aprendido mucho.

Marco se adelanta tímidamente y saluda al khan en mongol. Luego le hace entrega del óleo sagrado de Jerusalén.

El humor del khan sigue mejorando. Le hace un par de preguntas a Marco y al poco rato éste parlotea con su usual entusiasmo. El khan le

responde asintiendo con la cabeza, arqueando las cejas o profiriendo risotadas.

Finalmente os conducen a todos a unas cómodas habitaciones del palacio de mármol y esa noche asistís a un banquete celebrado en vuestro honor.

El khan está sentado en una elevada plataforma con sus cuatro esposas a la izquierda y otros nobles a la derecha. Todos los asistentes al banquete van ataviados con túnicas de seda color aguamarina. En seguida aprendes que, cuando los músicos tocan una melodía que indica que el khan está a punto de beber, debes arrodillarte. Cuando deja el tazón de oro, la fiesta se reanuda.

De vez en cuando los magos de la corte hacen que unas copas de vino vuelen por el aire hasta el khan. No sabes cómo lo hacen pero estás seguro de que es algún truco.

—Los magos son sacerdotes del Tíbet —te cuenta Niccolò—. Se dice que sus poderes proceden del propio demonio.

—¿Quién es el joven que está a la derecha del khan? —le preguntas a Niccolò.

—Es Chinkim, el hijo de Kublai.

Estudias el agradable rostro de Chinkim. Parece que él os está observando a Marco y a ti con igual curiosidad. Pero también adviertes la presencia de un hombre de aspecto siniestro y barba marrón oscuro que te mira con interés.

—Es Ahmad —explica Niccolò siguiendo el recorrido de tus ojos—, el consejero más poderoso del khan y gobernador de la capital, Khanbalik.

—No parece mongol —señala Marco.

—Es cierto —asiente Niccolò—. Es musulmán. El khan prefiere que sean extranjeros los que gobier-

nen Catay, aunque a los de aquí no les guste, y todo el mundo compite duramente para obtener sus favores.

Cuando el banquete toca a su fin, Kublai Khan pide silencio con un gesto.

—Tengo algo para los dos jóvenes viajeros —anuncia indicándoos que os acerquéis. Ambos os inclináis a sus pies—. Me ha gustado mucho lo que me contasteis de las tierras extranjeras —añade guiñándole el ojo a Marco—. Me gustaría que los dos tuvierais absoluta libertad para viajar por todo mi imperio; por lo tanto, deseo que aceptéis esto.

Os entrega a cada uno un paquetito plano y rectangular envuelto en una tela de seda. Lo desenvolvéis lentamente. Es un pasaporte de oro.

Ahora puedes ir a cualquier sitio para probar su efectividad. ¡Quizá nadie repitió el viaje de los Polo porque carecían de un pasaporte facilitado por el khan!

—Joven Marco —agrega el khan—. Te voy a encargar una misión en la provincia de Mien. Pero primero dime: ¿deseas venir a cazar con mi corte en el palacio de invierno de Khanbalik? Será para ti una experiencia irrepetible. Además, puedes emprender el viaje al sur desde allí.

Marco accede de inmediato.

—Y tú, mi joven amigo —te dice el khan—, puedes venir con Marco Polo o hacer un viaje por tu cuenta.

Por fin dispones de pasaporte de oro propio. Ahora puedes viajar por todo el reino del khan sin peligro. Pero, ¿deberías ir a Khanbalik y aprender antes algo del imperio de Kublai Khan? ¿O avanzar en el tiempo y probar tu pasaporte en

la provincia de Mien? Podrías encontrarte con Marco allí de modo que él pensara que has viajado por tu cuenta.



**Te vas con la corte a Khanbalik.
Pasa a la página 103.**



**Avanzas en el tiempo y te encuentras
con Marco en Mien.
Pasa a la página 95.**



A

VANZAS por una solitaria llanura mongol, al otro lado del desierto de Gobi. Corre el año de 1274. Los pastos se extienden a lo largo de kilómetros sobre suaves colinas. No hay ninguna ciudad, aldea ni construcción a la vista.

No obstante, alcanzas a distinguir algo extraño en el horizonte. Parece una caravana de tortugas blancas gigantes que se desliza lentamente hacia ti.

¿Qué pueden ser? Poco tiempo te queda para pensar, pues un grupo de jinetes se separa de la caravana y atraviesa la llanura al galope. Cabalgan sin hacer uso de las manos, apuntándote con sus arcos mientras te rodean. Van sentados en las sillas con tal firmeza que parecen centauros, medio hombres y medio caballos.

Calzan resistentes botas y visten gruesos abrigos de lana y cascos puntiagudos forrados de piel. Tienen el rostro ancho y plano, los pómulos pronunciados y los ojos pequeños. ¡Y te apuntan al corazón con las flechas!

—¡No disparéis! —suplicas arrodillándote—. Soy



un viajero inofensivo que se ha perdido en vuestra tierra. Estoy buscando a mis amigos, los Polo.

Al oír esto, los jinetes bajan las flechas y se te quedan mirando asombrados.

—¿Esos que llevan el pasaporte dorado del khan? —pregunta uno de los guerreros.

—Éste debe de ser el muchacho que se perdió en el gran desierto —dice otro guerrero sonriendo—. Debes de tener hambre. ¿Quieres beber un poco de sangre de mi caballo? —Se agacha para pinchar una vena de la pata del caballo.

Tú tratas de disimular la repugnancia.

—No... no, gracias —te apresuras a decir—. Quisiera encontrar a mis amigos cuanto antes. ¿Podéis ayudarme?

—No temas —te tranquiliza un tercer jinete—. En tierras mongolas estás a salvo. Te acompañaremos hasta donde están tus amigos.

Te subes detrás del amigable guerrero mongol y os dirigís al galope hacia la caravana. En seguida te das cuenta de que lo que te habían parecido tortugas gigantes son unos toldos redondos montados de tal forma sobre unos amplios carros tirados por bueyes, que pueden ser conducidos desde la puerta de las tiendas.

—Son nuestro hogar —explica el guerrero—. Se llaman yurtas. Cuando trasladamos los rebaños a pastos nuevos, nos llevamos la casa a cuestas.

La caravana prosigue su camino por la llanura hasta que llegáis a un poblado de yurtas blancas y grises, firmemente plantadas en tierra. En las proximidades hay grandes rebaños de robustos caballos mongoles y yaks de pelo largo.

Los guerreros dan un grito para anunciar vues-

tra llegada y salen varios mongoles de las yurtas para recibir a la caravana. Uno de ellos corre hacia ti con los brazos extendidos. ¡Es Marco!

—¡Pensábamos que te habías perdido para siempre! —grita, mientras compruebas divertido que va vestido a la manera mongol.

Ante tu sorpresa, se vuelve hacia los guerreros y les habla en su propia lengua.

—He estudiado la manera de vivir de los mongoles y su lengua —te explica—. Éste es el pueblo del khan. Ya verás cuando te cuente lo que he visto. Hacen unas cosas increíbles a caballo. Montan de pie, pueden pasar muchos días sin desmontar y duermen en la silla. Ah, y son los guerreros más valientes que he visto.

Niccolò y Maffeo emergen de una pequeña yurta y te abrazan efusivamente. Luego Marco te lleva a la tienda.

Dentro hace bastante calor. En el centro hay una hoguera cuyo humo sale por un agujerito del puntiagudo techo. El suelo y las paredes están cubiertas de gruesas alfombras, pero no huele muy bien.

—Los mongoles no tienen madera, de modo que queman estiércol seco —comenta Marco mientras te alarga una taza de líquido blanco.

Tú hueles lo que te ofrece y tomas un sorbo. Es dulce y lechoso.

—Es leche de yegua —aclarar Marco—. Debes tener cuidado con la bebida favorita de los mongoles, el *koumiss*. Es leche de yegua fermentada. Es muy buena y sabe a vino blanco, pero en seguida se te sube a la cabeza. La comida es malísima —continúa explicando alegremente—. Los mongoles se lo comen todo, hasta las ratas del desierto.

Anoche tomamos lirón guisado en leche amarga. Dijeron que era una exquisitez.

Arrugas la nariz, pero lo cierto es que tienes tanto apetito que te comerías bien a gusto una rata guisada. Así pues, sigues ansiosamente a Marco hasta donde está comiendo el jefe mongol, que te saluda cordialmente y te presenta a su esposa. Ésta es casi tan fornida y robusta como su marido y lleva el cabello recogido en forma de cuernos de vaca a ambos lados de la cabeza.

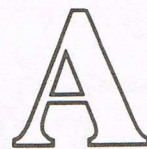
—Decirle a una mujer mongol que es una vaca es hacerle un cumplido —te susurra Marco reprimiendo una risita.

—Ahora ya habéis visto algo de la vida mongol —dice el jefe—. Nuestro mundo no tiene murallas y trasladamos los poblados a donde vayamos. Recorremos las estepas a lomos de nuestros queridos caballos. No olvidéis la verdadera vida de los mongoles cuando conozcáis al gran khan. Mis guerreros os acompañarán a su palacio de verano. Partiréis mañana hacia Catay.

El corazón te da un vuelco y Marco grita como un jinete mongol. ¡Por fin conocerás a Kublai Khan!



Viajas con los Polo al palacio del khan. Pasa a la página 77.



A VANZAS por un corredor húmedo y sucio de un formidable edificio de piedra. Estás en el año 1298. Adviertes con un estremecimiento que en los muros hay anillas de hierro. Por lo que parece, te encuentras en una cárcel.

Vuelves una esquina y ves a dos caballeros bien vestidos que se dirigen a unas escaleras. El primero lleva una capa de terciopelo rojo sobre los hombros.

—Tienes que escucharlo —le dice a su compañero—. Se ha hecho famosísimo en Génova. Los relatos de Marco Polo son la mar de emocionantes.

—Sí, pero ¿son ciertos? —interroga el otro.

¿Marco Polo? ¿Génova? ¿Te has equivocado de ciudad?

—¿Cómo ha ido a parar Marco Polo a la cárcel? —preguntas alcanzando a los hombres.

—Estaba al frente de una galera veneciana en la guerra entre Génova y Venecia y lo capturaron —responde el de la capa roja—. Para pasar el tiempo le está dictando el relato de sus viajes a Rusticello, el escritor de Pisa. Un día tras otro, toda Génova viene a escuchar.

¿La guerra entre Génova y Venecia? ¿Aun entre estas dos ciudades tan próximas hay guerra?



Sigues a los hombres hasta una celda atestada de caballeros sentados en bancos de madera. Incluso divisas a varias damas entre la multitud. Todos escuchan, embelesados, una voz entusiasta que te resulta conocida. ¡Es Marco Polo!

Pero cuando lo ves te escondes en el pasillo. Desde luego no puedes preguntarle nada. Marco Polo tiene más de cuarenta años y tú no has cambiado nada.

—Anota esto, Rusticello, amigo —le dice a un hombre que escribe a toda velocidad, y se lanza a hablar de caníbales, de monzones, de buques embestidos por ballenas, de asaltos de piratas, de unos fideos muy largos llamados pasta y de una tela que no arde.

Tú no has visto ninguna de esas cosas en tus viajes con Marco; deben de ser cosas que vio en China en el trayecto de regreso.

—Mi pasaporte de oro me servía de salvoconducto por todo el mundo —prosigue Marco—, pero aquí nos peleamos por decidir cuál de nuestras cuatro diminutas repúblicas gobernará un trocito de mar y yo soy prisionero en mi propia tierra.

Sacude la cabeza apesadumbrado.

Te habías olvidado de los pasaportes de oro. A lo mejor nadie pudo seguir a Marco porque no tenían pasaportes del khan. Quizá deberías tratar de pasar por la tierra de los mongoles sin él. Así lo sabrías con certeza.



Retrocedes a territorio mongol en 1274. Pasa a la página 84.



DESEANDO a Marco mucha suerte en sus viajes, decides viajar un poco por tu cuenta. Buscas un lugar para saltar en la densa jungla de Mien. La batalla ha terminado pero todavía quedan tropas de los mongoles en todas partes.

Saltas detrás de un elefante herido que se ha caído en un campo de bambú y te agachas para acariciarle la cabeza. Justo en el momento en que te mueves, el elefante berrea débilmente, sacude la trompa golpeándote en el vientre y te derriba.

Recuperas la respiración y buscas con la vista el origen del chirrido que oyes por encima de tu cabeza. ¡Es un avión!

Empiezas a mirar a tu alrededor frenéticamente. Estás en una carretera moderna que atraviesa la jungla. Un convoy de camiones Chevy avanza hacia ti a gran velocidad.

—¡Eh, tú! ¡Cuidado! —Un soldado chino salta del primer camión y te aparta de la carretera—. Tenemos que llevar estas provisiones hasta China.

—¿Dónde estoy? —preguntas frotándote los ojos, mientras los camiones atruenan al pasar.

—¿Se ha estrellado tu avión? —inquire el soldado.

—¿Qué avión?

—De los Tigres Voladores —contesta el soldado



señalando el cielo—. Han venido los americanos para proteger la carretera de Birmania. ¿Has perdido la memoria?

—Quizá —respondes—. La última vez que miré aquí no había ninguna carretera.

—Eso es cierto —admite el soldado riendo—. Hasta que abrimos la carretera de Birmania hace unos años creo que no había pasado ningún occidental desde Marco Polo. Birmania ha estado cerrada a los extranjeros, pero los aliados están ayudando a China a derrotar a Japón.

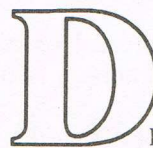
—¿En qué año has dicho que estamos? —preguntas débilmente.

—En 1940. —El soldado te mira preocupado—. Tengo que reincorporarme a mi grupo —dice—. Quédate aquí sentado descansando hasta que pase un camión con una cruz roja en un costado. Hazle señales para que pare.

Tú asientes con la cabeza obedientemente, pero también tienes que retornar a tu misión. Has saltado por accidente hasta la época de la Segunda Guerra Mundial. Más vale que retrocedas en busca de Marco Polo. Esperas que acaben de pasar los camiones y saltas.



Te encuentras con Marco en la cacería de Khanbalik. Pasa a la página 103.



DECIDES saltar a la provincia de Mien. Estás en 1277 y te encuentras en el país que ahora se llama Birmania.

Avanzas por una espesa selva cuando de pronto, tus oídos son asaltados por un sonido semejante al tronar de un centenar de timbales.

Al acercarte al borde del bosque te ves obligado a taparte los oídos. *Son* cien timbales, cada uno montado entre dos robustos caballos mongoles. A lo largo del límite del bosque se hallan alineados millares de guerreros mongoles de cara a la llanura, mientras los tambores emiten un aterrador redoble de batalla.

Le enseñas el pasaporte dorado a uno de los guerreros y él te mira con respeto.

—¿Qué pasa? —le preguntas a voz en grito.

—Estamos a punto de entrar en combate con el rey de Mien —contesta—. Pretende oponerse a los deseos de Kublai Khan. Primero asustaremos a su ejército con los tambores y luego los derrotaremos definitivamente. En tu lugar, yo no me metería en medio.

Estás de acuerdo porque has visto al ejército enemigo, que avanza diseminándose por la llanura como si fuera lava, y es mucho más numeroso que las tropas mongolas. Muchos soldados van a pie, pero los demás montan elefantes de guerra. ¡Y parece haber más de dos mil de ellos! Cada elefante lleva en el lomo una torre fortificada de madera en la que se guarece media docena de hombres.

Trepas a un árbol del lindero del bosque y

contienes la respiración. Los mongoles salen disparados del bosque hacia la llanura y los elefantes se lanzan a la carga.

Los caballos mongoles ven los elefantes y titubean de pánico. ¡De pronto dan media vuelta y regresan al bosque! Tú te agarras a la rama del árbol mientras miles de jinetes mongoles se retiran al interior del bosque.

El jefe mongol grita una orden y sus hombres amarran los asustados caballos a los árboles. A continuación avanzan a pie y lanzan una cortina de flechas hacia las tropas de Mien. Pero no apuntan a los hombres: apuntan a los elefantes.

Los animales heridos lanzan enloquecidos berridos. Cargan contra el bosque y arremeten contra las ramas bajas derribando a los hombres que llevan a cuestas. Los arqueros mongoles avanzan y la hilera siguiente de elefantes retrocede a la llanura perseguidos por los caballos.

Los elefantes aplastan sus propias líneas. ¡Han vencido los mongoles!

—¡Menuda batalla! —grita alguien—. Informaré debidamente al khan.

Es Marco, naturalmente. Está sentado sobre un poni mongol y observa desde un lado. Le gritas un saludo y descienes de tu atalaya.

—¡Estás hecho todo un viajero, amigo! —dice saludándote con alegría—. Voy hacia Ceilán a comprar unas reliquias del Buda sagrado por encargo de Kublai Khan. Parece que no tenía bastante con el aceite sagrado —agrega riendo, pero luego su expresión se torna seria—. El khan tiene pensadas muchas misiones para mí. No sé si me dejará regresar alguna vez a casa. Los pasaportes dorados nos sirven ahora, pero el gran khan en-



vejece y temo que cuando muera los extranjeros no serán tan bien recibidos en Catay.

—¿Por qué no? —preguntas.

—Porque entre los que han de sucederle reina más discordia que nunca —contesta Marco—, y los habitantes de Catay están descontentos con Ahmad. Nada más llegar a Khanbalik ya vimos una muestra de las dificultades que se avecinan.

Asientes mostrando tu conformidad, pero tú no fuiste a Khanbalik. Quizá deberías retroceder y averiguar qué ocurrió.

Sin embargo, apenas has tenido oportunidades de probar el pasaporte dorado y Marco parece pensar que no seguirán teniendo valor durante mucho tiempo. Tal vez deberías avanzar en el tiempo y viajar por tu cuenta durante una temporada. A Khanbalik siempre puedes regresar después.



Te quedas en Birmania pero avanzas en el tiempo. Pasa a la página 92.



Retrocedes hasta la cacería de Khanbalik. Pasa a la página 103.



ESTÁS en un pasillo del palacio de Khanbalik. Corre el año de 1282. Echas a andar por el laberinto de pasadizos buscando las habitaciones que te asignaron cuatro años antes, cuando, de pronto, ves a un joven que corre hacia ti. Va vestido con una túnica de brocado y lleva una barba corta, pero reconocerías esos rizos díscolos en cualquier parte. ¡Es Marco!

—¡Has regresado! —dice pasándote un brazo por los hombros—. Viajar te hace bien: apenas has cambiado. Yo también he estado viajando por este país maravilloso. Hay millones de personas, ¡y cuánta riqueza! Quiero que me cuentes tus aventuras. Pero debes de estar cansado... ven, puedes dormir junto a mis aposentos.

Marco te acompaña hasta una cámara ricamente amueblada. Una campana replica al otro lado de los muros del palacio.

—Es la campana del toque de queda —explica Marco—. La gente deja de circular por las calles y se va a la cama, que es donde se está más seguro. Bueno, te dejo descansar. El khan está en el palacio de verano, de modo que mañana estaré libre y podremos charlar. ¡Buenas noches!

Marco tiene razón: te vendría bien dormir. La

cama, cubierta de almohadones bordados, resulta tentadora. Te acurrucas y pronto estás soñando con elefantes y dragones.

—Pssst.

Despiertas sobresaltado. Al otro lado de la ventana de tu habitación centellean las estrellas. Marco te sacude por un hombro.

—¡Despierta! —susurra.

—¿Qué pasa? —preguntas—. Es noche cerrada.

—Ahmad anda por ahí después del toque de queda —te informa—. Nadie está autorizado a salir si no es por algún asunto oficial. He oído casualmente que le decía a un guardia que había sido llamado al salón del trono por Chinkim, pero sé que no puede ser cierto. Acabo de dejar a Kublai Khan y a su hijo en Shang-tu. Debe de pasar algo, ven.

Os deslizáis cautelosamente por los pasadizos de Khanbalik pálidamente iluminados por las antorchas, ocultándoos detrás de las columnas cuando pasan los guardias. Llegáis de puntillas hasta la puerta del salón del trono, donde Ahmad trató de armar revuelo cuando llegasteis a Khanbalik.

Asomáis la cabeza. El salón está intensamente iluminado. Ahmad está inclinado ante una figura que queda ensombrecida tras una hilera de antorchas y que parece ser Chinkim. Pero, cuando Ahmad se levanta, la figura se abre la túnica y saca un puñal. Ves claramente que la figura no es la de Chinkim sino la de un oficial de Catay, que ataca a Ahmad.

El musulmán cae al suelo mientras el de Catay lo apuñala una y otra vez.

—¡Ha asesinado a Ahmad! —susurra Marco—.



¡Corre! Nos encontraremos en nuestras habitaciones. -Y desaparece en la oscuridad.

Pero tú estás paralizado de horror y continuas observando. Un guardia irrumpe en la sala del trono y con un único movimiento de la espada le corta la cabeza al agresor. De repente, salen guardias de todas partes.

Ahora ya puedes correr, pero notas que te agarra una ruda mano.

-¡Conspirador! -grita un guardia-. Ni se te ocurra huir.

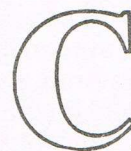
Te arrastra por unas escaleras y te lanza a una lóbrega mazmorra.

-Todo el mundo sabe que no eras amigo de Ahmad -gruñe-. Es cierto que tenía muchos enemigos, pero ha habido un asesinato y el khan tendrá que ordenar tu ejecución por traidor.

Ahora sí que te has metido en un buen lío. Todavía dispones del pasaporte de oro, pero no te sirve para salir de una cárcel mongola. Podrías avanzar en el tiempo. Tal vez logres acompañar a los Polo durante el recorrido de regreso a Occidente.



**Avanzas 150 años.
Pasa a la página 119.**



ARAMBA! -exclamas por lo bajo al ver por primera vez Khanbalik.

-No se parece en nada a una tienda -dice Marco, que abre maravillado unos ojos como platos.

La ciudad es grande y el palacio de invierno, de una magnificencia inimaginable. Ves larguísimas escalinatas de mármol y enormes terrazas con columnas pintadas. Los curvos tejados del palacio están recubiertos de azulejos de todos los colores del arco iris. En el interior, las paredes y los techos son plateados y dorados, y tienen dibujos de dragones, jinetes y extraños pájaros y animales.

Unos guardias especiales os acompañan a ti y a los Polo a vuestros aposentos y os entregan gruesas túnicas de brocado de seda. Al poco tiempo volvéis a ser llamados a presencia del khan.

Aguardas a que te toque el turno para penetrar en el salón del trono. La entrada es un arco finamente tallado del que cuelgan unas cortinas que los guardias mantienen abiertas. Observas que los que pasan por debajo del arco dan un paso gigante para entrar en el salón.

-Está prohibido tocar el umbral -te explica Niccolò-. Se considera mal augurio. La pena es la

humillación pública, una cuantiosa multa y una dolorosa paliza. Procura no pisarlo ni tocar el arco.

Miras hacia el salón del trono, donde ves a Kublai Khan y a su hijo con el ministro musulmán, Ahmad, sentado a su izquierda. Ahmad saluda a los Polo con una inclinación de cabeza y Niccolò y Maffeo penetran en el salón a grandes zancadas y hacen una reverencia ante el khan. Cuando Marco los sigue observas que Ahmad levanta un dedo e inclina la cabeza. ¿Te señala a ti? Tú eres el siguiente.

Levantas el pie para pasar el umbral pero, de pronto, alguien te empuja por detrás, pierdes el equilibrio y caes contra el arco.

Los cortesanos del salón del trono abren la boca asombrados y todos los ojos se fijan en ti. Te sonrojas intensamente y recuperas la compostura lo mejor que puedes. Acto seguido haces una reverencia ante el khan y ves que detrás de ti está uno de los hombres de Ahmad.

—Estos extranjeros no respetan las costumbres del khan —proclama Ahmad levantándose con los negros ojos centelleantes de triunfo—. ¡Que paguen por su insolencia!

Los guardias te agarran de los brazos y empiezan a sacarte de la estancia. Tú tratas de zafarte de ellos cuando otra voz empieza a hablar:

—Es un recién llegado y poco conoce de nuestras costumbres —dice.

Los guardias te sueltan y te das cuenta de que el que ha hablado es Chinkim, el hijo de Kublai Khan. Te guiña el ojo con simpatía y regresa a su lugar junto al trono de su padre, mientras Ahmad lo mira furioso.



—Quiero cazar —es lo único que declara el gran khan.

¡Parece que te has salvado!

Toda la corte cabalga por los terrenos del palacio, dejando atrás burbujeantes estanques y extensísimos jardines, y rodea un monte artificialmente fabricado y cubierto de pinos y lapislázuli, lo cual le da un aspecto totalmente verde.

—El Montecillo Verde —os explica un asistente—. El khan lo hizo construir para alegrar la vista. Se divisa a kilómetros de distancia.

Por fin llegáis al campo que se extiende fuera de las murallas de la enorme ciudad de Khanbalik. La partida de caza toma posiciones. A cada lado del khan van millares de hombres, la mitad con libreas rojas y la otra mitad con libreas azules, que se ocupan de los perros. Los nobles que portan halcones amaestrados y otros pájaros cabalgan majestuosamente en el medio.

Y en el centro de todo va Kublai Khan, sentado en una plataforma dorada transportada por dos elefantes y flanqueado por una pantera y un leopardo.

Marco y tú vais al final del grupo con otros jóvenes cortesanos. Ahmad, el conspirador, cabalga ligeramente por detrás del khan llevando a un halcón peregrino que parece hermano suyo.

La posición que ocupas resulta adecuada para escuchar discretamente.

—Mirad a ese Ahmad —oyes que un funcionario mongol le dice a otro—. Lástima que el khan no esté enterado de sus excesos. ¿Os habéis dado cuenta de cómo ha tratado de desacreditar a los Polo? Si el khan no diera tanto poder a los extranjeros no habría tantos celos en la corte.

—Sí, pero tú tienes tanto miedo de denunciar a Ahmad como todos —susurra su compañero—. Ha hecho matar a demasiados hombres.

—El khan debería dejar que nosotros los mongoles gobernáramos el país —observa el primer funcionario—. ¿Qué sentido tiene darle tanto poder a un musulmán?

—O debería dejar que los propios habitantes de Catay se gobernaran a sí mismos —dice el segundo—. Así no tendrían tantas ganas de librarse de nosotros.

—Quizá —asiente el primer mongol bajando la voz—. Pero Kublai Khan cada día se parece más a los de aquí. Mira cómo monta, sentado en almohadones. Y vive en un palacio, con paredes. ¿Qué se ha hecho de nuestras tradiciones?

De improviso se alza un rugido y los perros comienzan a ladrar. Una sombra negra pasa corriendo junto a ti y desaparece en un bosquecillo. ¡Es uno de los leopardos cazadores del khan! Tu caballo se lanza detrás.

—¡Aaay! —gritas agarrándote a las riendas, pero tu caballo sigue galopando y, cuando por fin consigues controlarlo, te encuentras perdido en el campo. Oyes el ruido de los perros en la distancia pero, ¿hacia dónde está Khanbalik? Ves a dos campesinos junto a un muro de piedra y te acercas a preguntarles. Parecen harapientos y pobres y te miran iracundos.

—Ya hemos pagado —dice uno sin darte tiempo a abrir la boca.

—No quiero dinero —contestas dolido y confuso—. Sólo quiero saber por dónde se va al palacio del khan.

—Eres uno de los espías de Ahmad —te acusa el

segundo campesino—. No trates de engañarnos. Ya no nos queda dinero.

—Ahmad también es enemigo mío —afirmas, y por fin parece que te creen—. ¿No podéis denunciarlo al khan?

—Al que se queja lo matan —responde el segundo campesino—. Ahmad tiene espías en todas partes. Un día habrá una sublevación, acuérdate de lo que te digo. Recuperaremos nuestras tierras y no volveremos a permitir que nos gobierne ningún extranjero. ¡Os expulsaremos a todos! —Da media vuelta con amargura y echa a andar penosamente hacia su casa.

El primer campesino se encoge de hombros como disculpándose.

—Kublai Khan es un buen dirigente. Nos da cereales cuando las cosechas son malas y no nos cobra impuestos los años malos. Pero Ahmad gobierna este territorio. Nos cobra más de lo que podemos pagar y se queda el dinero para él. El khan no está al corriente de sus abusos. —Se vuelve para seguir a su amigo—. Pero, ¿quién sabe lo que nos deparará el futuro?



**Saltas a Khanbalik en 1282.
Pasa a la página 99.**



ESTÁS en 1293 y caminas en pos de una caravana que atraviesa una llanura de Persia. En la distancia, junto a un enorme árbol solitario, divisas un campamento con muchas tiendas y soldados a caballo. También en vuestra caravana hay un grupo de soldados que os escolta hasta el campamento.

Te das cuenta de que la llanura es una de las que atravesasteis con los Polo en el viaje hacia Oriente. Ahora, después de la civilizada elegancia de Catay, Persia te resulta primitiva.

Alcanzas a un criado que conduce un burro en la cola de la caravana.

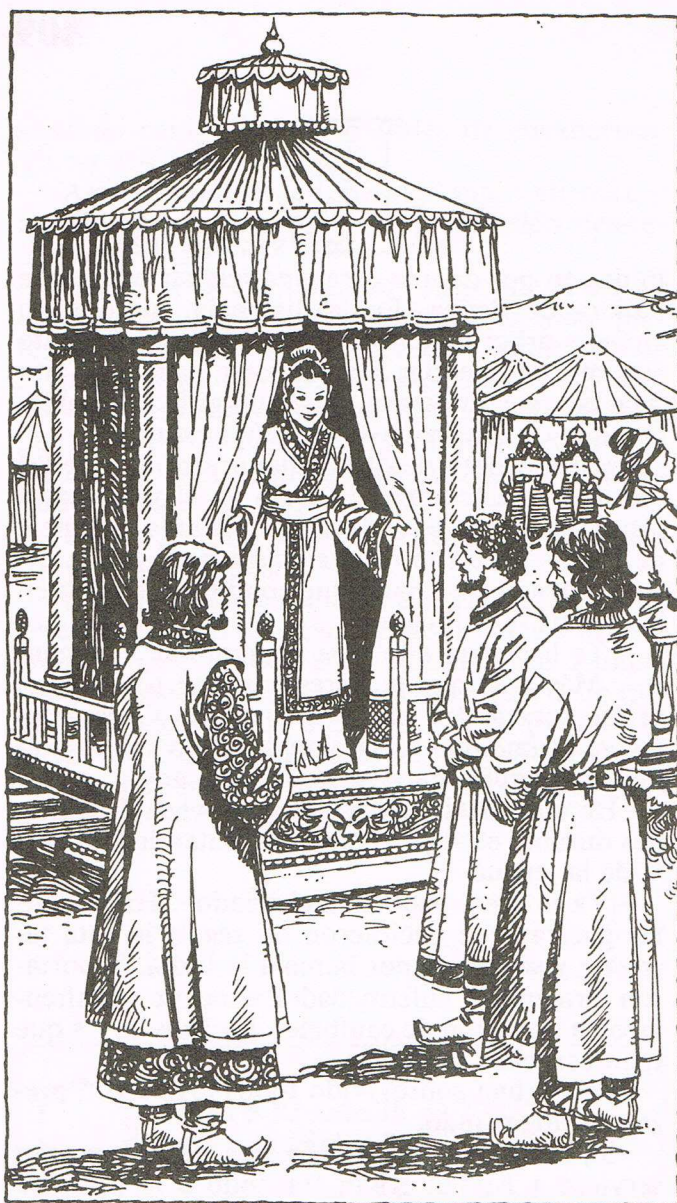
—¿Te has retrasado? —te pregunta amablemente—. Más vale que te apresures o te perderás el primer encuentro entre el khan de Gaza y su nueva prometida. Imagínate, los Polo la han traído hasta aquí sana y salva desde Catay...

—He oído decir que pasaron muchas dificultades durante el viaje —comentas tratando de tirarle de la lengua.

—¡Ya lo creo! —contesta el criado—. Había tantas guerras que decidieron no seguir la ruta terrestre y se fueron por barco a la India. Soportaron tormentas y enfermedades, e incluso se enfrentaron a una tribu de caníbales. Muchos de los que iban con ellos murieron.

—Pero, ¿han sobrevivido todos los Polo? —preguntas angustiado.

—Sí, sí. Y una vez más le han hecho un gran servicio a Kublai Khan trayendo a la princesa



Cocachín para que se case con el khan de Levante. ¡Mira! Están a punto de encontrarse.

Te adelantas hacia el frente de la caravana. Un apuesto caballero vestido con ropas persas ha desmontado y espera para recibir la preciosa carga de los Polo.

La princesa Cocachín aparece entre los cortinajes de la litera en que ha viajado. Es una doncella muy bella que no ha cumplido todavía los veinte años. Vuelve el rostro lloroso para despedirse de los que la han escoltado en su largo viaje: Niccolò, Maffeo y Marco Polo. A continuación saluda tímidamente a su nuevo esposo.

Rápidamente te ocultas tras un carromato de madera. Tanto Niccolò como Maffeo peinan ahora canas, y Marco es un hombre que se aproxima a los cuarenta años, mientras que tú no has cambiado en absoluto. Si te ven, sin duda pensarán que eres un fantasma.

Aunque has averiguado que los Polo sufrieron muchos percances durante el viaje de regreso a casa, compruebas que la caravana va cargada de riquezas de Oriente. ¿No sería lógico que tal opulencia hubiera llevado a otros a intentar repetir el viaje de los Polo?

Tal vez puedas hallar un modo de estar presente en el momento de su llegada a Venecia y averiguarlo.



Avanzas un año y vas a
Trebizonda. Pasa a la página 115.

CORRE el verano de 1492 y te encuentras en un estudio soleado de la población portuaria de Palos, en España. Hay un hombre sentado ante una larga mesa. Junto a él tiene extendido un mapa pintado a mano y le rodean calibradores, sextantes y cartas de navegación.

—¿Me traes la tinta que he pedido? —pregunta sin alzar los ojos—. Déjala encima de esa mesa.

No llevas tinta pero avanzas hasta la mesa.

—¿Estáis planeando algún viaje? —preguntas.

—Me hago a la mar dentro de un mes —contesta—. Yo, Cristóbal Colón, llevaré personalmente una carta de los reyes de España al gran khan de Oriente.

—Pe... pero ya no existe... —balbuceas.

Cristóbal Colón te mira furioso.

—No seas ignorante, chiquillo —replica—. El gran khan gobierna un prodigioso imperio en Oriente. He leído la descripción de las riquezas que alberga en un famoso libro de viajes obra de Marco Polo, el veneciano. Ese imperio se llama Catay.

Echas un vistazo por encima de su hombro. Colón está tomando notas de un ejemplar gastado de *La descripción del mundo* de Marco Polo. Pero evidentemente ignora que el khan ha muerto y no ha oído hablar de los emperadores Ming.



En su mapa aparecen los continentes de Europa, África y Asia, pero faltan América del Norte y América del Sur.

—¿Por qué queréis ir a Catay por mar en dirección oeste? —le preguntas a Colón—. ¿No viajó Marco Polo por tierra hacia el este?

—Exacto, jovencito —responde Colón—. Después de todo, no eres tan ignorante. Pero ningún cristiano podría atravesar con vida las tierras musulmanas. Además, mira este mapa del italiano Toscanelli: ha calculado que Catay sólo está a unas seis o siete mil millas al oeste de Portugal. Será mucho más rápido ir por mar.

—Seguro que es el doble de lejos —declaras—. Y en medio hay otro gran continente. —Pero cierras la boca de golpe porque observas que Colón te mira como si estuvieras loco.

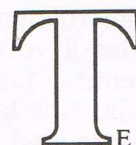
—Basta de tonterías —dice—. Sal de aquí. Estoy decidido a ir a Catay.

No tiene sentido discutir. No puedes cambiar la Historia. Ves que en el siglo XV la ruta terrestre a Catay lleva años cerrada. Catay se ha convertido en poco más que un sueño para los exploradores europeos.

Pero aún sigues sin saber lo que ocurrió cuando los Polo llegaron a Venecia.



Saltas a Venecia para recibir a los Polo a su llegada. Pasa a la página 121.



TE encuentras en la ciudad portuaria de Trebizonda, a orillas del mar Negro. Estás en el año 1294.

Reconoces al grupo de los Polo en los muelles, pero te sorprende lo mucho que han cambiado tus amigos. El rostro de Marco está surcado de arrugas y tiene una barba espesa; te cuesta acostumbrarte a verlo como un hombre de cuarenta años. Niccolò y Maffeo tienen el cabello casi completamente blanco. El tiempo ha pasado para ellos, pero no para ti. ¿Cómo puedes acercarte sin asustarlos?

A tu lado pasa un marinero que va rasgando un gastado trozo de lona. Una larga franja cae a tus pies. La coges rápidamente y te envuelves con ella la cabeza como si fuera un turbante, tapándote incluso la boca. Luego te acercas a los Polo.

—Busco trabajo de mozo —le dices a Maffeo.

El disfraz funciona, puesto que no te reconoce.

—Envuelve estas sedas en un trozo de lona —responde alargándote unas túnicas de brocado.

Pones manos a la obra inmediatamente, mientras observas a Marco que parece triste y aturdido.

—No acabo de convencerme de que Kublai Khan ha muerto —le comenta a Niccolò—. Ahora no podré volver nunca. Ya podemos tirar los pasaportes de oro al mar. El gran imperio de los mongoles se derrumbará y la ruta a Oriente se cerrará.

—Hay ya tantas guerras en toda Asia que nos hemos visto forzados a volver por mar —añade Maffeo sombríamente—. Los musulmanes otra vez luchan en Persia. Nos han robado la mayor parte de nuestro tesoro y tal vez la ruta de aquí a Venecia sea peligrosa. Más vale que nos cosamos los pasaportes de oro, y las pocas joyas que nos quedan, a las costuras de la ropa.

Maffeo te alarga una raída capa y una bolsita de tela repleta de perlas y piedras preciosas, y tú ayudas a los Polo a coserse las joyas a los dobladillos de las gastadas prendas.

Cuando todo está listo y empaquetado embarcas con los Polo. Mientras preparas una cama en cubierta con un saco de lona, Marco baja a la bodega con Niccolò y Maffeo y te dejan al cuidado de sus bultos. El buque se hace a la mar y comienza a balancearse sobre las olas. Rápidamente se hace de noche pero no logras conciliar el sueño. De repente, algo embiste al barco.

¡Es otro barco! Sobre tu cabeza pasa volando una cuerda y un hombre con un cuchillo entre los dientes salta a la cubierta de tu buque y une las dos embarcaciones. Seguidamente, saltan a bordo más hombres, armados con espadas y puñales. ¡Son piratas!

Te acurrucas detrás de los bultos de lona mientras la tripulación lucha contra los piratas. Un marinero se lleva la mano a una herida abierta en el brazo y se derrumba a tu lado.

—No digas nada —susurra—. Cogerán lo que quieren y se irán.

Los piratas bajan a la bodega y obligan a los Polo y a los demás pasajeros a subir a cubierta con las manos atadas a la espalda.



—No tenemos tiempo para mataros a todos —dice uno de los piratas alegremente al tiempo que va pasando paquetes al otro buque—. Sólo os aligeraremos la carga.

Los Polo guardan silencio. Sabes que están pensando en las joyas que les has ayudado a coserse a la ropa.

Por fin los piratas os dejan libres y la embarcación continúa viaje hasta Constantinopla. Desde allí los Polo se dirigirán a Venecia.

Por fin comprendes cómo se perdió la ruta de Catay. Ahora que ha muerto el khan, el pasaporte de oro no sirve de nada. El mundo vuelve a estar en guerra y China pronto cerrará las puertas a los extranjeros. De no ser por la unidad del imperio mongol bajo Kublai Khan, ni siquiera Marco Polo hubiera podido llegar.

Pero recuerdas que el propio Colón descubrió América mientras buscaba Catay. ¿Por qué no siguió la ruta de Marco Polo? Si los Polo lograron conservar las joyas, ¿por qué éstas no bastaron para tentar a los exploradores a viajar a Oriente?



Saltas a la época de Cristóbal Colón para averiguar por qué escogió la ruta marítima. Pasa a la página 112.



Saltas a Venecia para recibir a los Polo a su llegada. Pasa a la página 121.



CORRE el año de 1432. Te encuentras en el espléndido vestíbulo de un palacio decorado con dragones rojo, verde y oro. Pero no lo conoces. ¿Estás todavía en Khanbalik?

Dos hombres vestidos con túnicas azules bordadas corren hacia ti. Llevan finos bigotitos negros y barbitas puntiagudas y se cubren la cabeza con tocados negros.

—¿Quién osa aproximarse al emperador? —pregunta uno—. ¿Cómo has entrado en la Ciudad Prohibida?

Sacas confiado el pasaporte de oro y se lo enseñas al iracundo funcionario.

—Soy un viajero de Occidente —explicas en tono cortés—, pero me he perdido. De haber sabido que esta ciudad está prohibida, no habría pretendido entrar.

El segundo funcionario te arrebató el pasaporte de oro y suelta una risotada.

—Esto es oro mongol —dice—, y en Pekín no sirve de nada. Echamos a los mongoles con sus rebaños hace casi un siglo.

—Aquí no se permite la entrada de ningún extranjero —declara el primer funcionario al tiempo que hace una seña a dos guardias—. Los emperadores Ming han cerrado las entradas terrestres y también las marítimas. Debes de ser un espía muy listo si has logrado llegar hasta aquí. ¡Pero no irás a ningún otro sitio!

Los guardias llevan armaduras doradas y cascos puntiagudos y esgrimen unas afiladas lanzas. Cuando te agarran para llevarte a una lóbrega celda, no ofreces resistencia.

La celda te resulta familiar, pues las prisiones chinas apenas han cambiado. Empiezas a comprender cómo se perdió la ruta de Oriente: China está completamente cerrada a Occidente.

Pero los Polo no pueden haber sabido nada de los emperadores Ming. Quizás ocurrió algo durante el trayecto de regreso que desanimó a los posibles continuadores de sus viajes. Sabes que Marco estuvo diecisiete años en Catay. Y debió de tardar varios años en regresar a Venecia. Podrías buscar a los Polo en el viaje de vuelta. Pero, ¿dónde?



Saltas a Persia en 1293.
Pasa a la página 109.



Saltas a Trebizonda en 1294.
Pasa a la página 115.



Es el año de 1295 y estás de vuelta en Venecia. Los Polo regresan después de veintitrés años de ausencia. Te arrojas firmemente el turbante en torno a la cabeza y avanzas con ellos hacia la casa del patio donde estuviste al principio de la misión. Como llevan varios criados, nadie nota que hay uno de más.

Los criados van cargados con los mismos paquetes que te sirvieron de refugio cuando los piratas asaltaron vuestro buque.

Los Polo levantan bastante revuelo por las calles y canales de Venecia. Después de tantos años, hablan con extraños acentos guturales. A Marco le cuesta expresarse en su propio idioma y sus túnicas orientales, ahora muy raídas, parecen tan fuera de lugar como si fueran trajes espaciales.

La gente observa cómo llama Niccolò a la gran puerta de madera de su casa. Una mujer de cabello cano se asoma a una ventana del primer piso.

—¡Marchaos, mendigos! —vocifera—. No quiero pordioseros en mi puerta.

—¡Ama, espera! —le grita Marco—. ¿No nos reconoces? Es mi padre y tío Maffeo. Y yo, Marco.

La mujer los observa en silencio y los ojos se le llenan de lágrimas, aunque no estás seguro de si son de alegría o de incredulidad.

—No sois los Polo —se burla uno de los espectadores—. Los Polo murieron en una expedición comercial hace años. ¿Cómo podéis ser tan crueles con una anciana?

—Esta noche celebraremos un banquete para todos nuestros amigos —anuncia Niccolò—. Entonces nos reconocerán como quienes somos realmente. ¡Qué comiencen los preparativos!

Te pasas el resto del día haciendo recados. Los criados os observan temerosos, como si no supieran qué pensar de los extraños que han llegado a su casa, pero finalmente el banquete está dispuesto.

Los Polo se sientan con sus huéspedes. Marco ocupa la cabecera de la mesa y Niccolò y Maffeo lo flanquean. Tú sirves agua y vino, y todo el mundo come hasta la saciedad.

—Traemos maravillas de la tierra de Catay —asevera Marco una vez que ha finalizado el festín, al tiempo que abre un paquete y extrae una serie de objetos variados—. Ésta es una tela que no arde —dice aplicando fuego a una pieza de fibra de amianto procedente de Mongolia—. Estos libros están impresos, no copiados a mano —explica sacando un montón de libros chinos—. Y esto es papel moneda —declara mostrando dinero de Catay.

—Yo me quedo con las monedas de oro —se

burla un hombre—. ¿Qué más tienes que enseñarnos, Marco Polo?

—Estos palitos son comida —indica Marco mientras saca un puñado de fideos chinos y los introduce en agua hirviendo ante la escéptica mirada de los huéspedes, quienes ignoran que pronto estarán comiendo pasta—. En Catay viven millones de personas —prosigue—, y hay millones de barcos y ciudades enormes. Tienen los mejores...

Marco habla de los palacios y las ciudades, de los montes y los ríos, de las maravillas y las riquezas del reino de Kublai Khan. Habla durante horas, hasta que sus invitados se cansan de escuchar.

—Tendremos que llamarte Marco Milione —se mofan los huéspedes—. ¡Cómo exageras! Todo el mundo sabe que no se puede atravesar Turquía y mucho menos Persia porque hay demasiadas guerras. Eso no son más que fantasías que traéis de Constantinopla.

—Sí —opina otro—. Si habéis estado en esa tierra de Catay, ¿por qué no sois ricos?

De súbito, Marco, Niccolò y Maffeo se rasgan los maltratados ropajes tártaros y revelan las ostentosas vestiduras de seda china que llevan debajo. Niccolò te pide entonces un cuchillo. Se abre las costuras de las prendas y cubre de diamantes, perlas, rubíes y otras joyas la mesa del banquete.

A los invitados se les salen los ojos de las órbitas.

—Quizás ahora me creeréis —dice Marco—. Si no, sé que algún día alguien me creará. Es posible que nuestras vidas y nuestros viajes hayan coinci-

dido con el imperio de Kublai Khan, pero cualquiera que se atreva a soñar puede llegar a Catay.

Tú sonríes ante el entusiasmo de Marco. Parece que el mayor legado de Marco Polo no fueron las joyas que trajo de Oriente sino sus relatos y sus sueños. Y mientras una ruta se cerraba, otra ruta se abría hacia otro Nuevo Mundo.



MISIÓN CUMPLIDA

LISTA DE DATOS

- Página 11: ¿Qué edad tenía Marco Polo en 1268?
Página 26: ¿Se te ha olvidado la segunda regla de los viajes en el tiempo?
Página 34: ¿Hasta dónde supones que pueden haber llegado los Polo?
Página 40: Los Polo ¿llegaron a Catay por mar? Consulta el mapa.
Página 56: ¿Estás seguro de encontrarlos en ese lugar?
Página 60: ¿Crees que los Polo consideran importante encontrar algo que sustituya a la pieza de cristal perdida?
Página 71: ¿Cómo supones que reaccionaría Marco Polo de mayor al verte?
Página 83: ¿Es aconsejable rechazar una invitación del khan?

GUÍA DIDÁCTICA PARA EDUCADORES

Ponemos a disposición de los maestros y educadores una *Guía didáctica* de la colección «La máquina del tiempo». Dado que esta serie supone un tratamiento totalmente nuevo de la literatura juvenil, la *Guía* que ofrecemos puede ser una buena ayuda para los educadores, ya que les sugiere una extensa gama de actividades, que se hallan desarrolladas en ella, y que van más allá de las materias de estudio.

El hecho de que el lector sea el protagonista de su propia aventura en el tiempo, proporciona un sinfín de posibilidades para que el educador pueda trabajar en el desarrollo de la personalidad del mismo, tanto individual como colectivamente.

Las actividades que figuran en la *Guía* están directamente relacionadas con las épocas a las cuales «viaja» el lector, y complementan los temas de algunas asignaturas habituales del ciclo superior de la Enseñanza General Básica como son, principalmente, la historia y las ciencias sociales.

Si desean conocer la *Guía* y su utilización, pueden pedirnos un ejemplar y se lo remitiremos sin cargo alguno. Solicitenlo a:

EDITORIAL TIMUN MAS, S.A.
«La máquina del tiempo»
Castillejos, 294
08025 - BARCELONA

AÑO 1272



**Has retrocedido en el tiempo
hasta el imperio de Kublai Khan**

Te encuentras en mitad de una tormenta de arena que ha estallado en el desierto, cuando unos bandidos asaltan tu caravana. De repente, una figura enmascarada te agarra y te sube a su camello.

¿Confías en este desconocido jinete o te liberas y saltas del animal, que avanza a galope tendido? Tu decisión puede salvarte o dejarte atrapado en el tiempo.

**¿ESTÁS DISPUESTO A PLANTAR
CARA AL PELIGRO?**

EL IMPERIO MONGOL

Por Carol Gaskin

Ilustraciones:

José González Nav.



LA MAQUINA DEL TIEMPO